



Asamblea General

Quincuagésimo período de sesiones

38^a sesión plenaria

Lunes 23 de octubre de 1995, a las 15.00 horas

Nueva York

Documentos Oficiales

Presidente: Sr. Freitas do Amaral (Portugal)

Se abre la sesión a las 15.20 horas.

Tema 29 del programa (continuación)

Celebración del cincuentenario de las Naciones Unidas

Reunión Conmemorativa Extraordinaria de la Asamblea General con ocasión del cincuentenario de las Naciones Unidas

Discurso de Su Majestad el Rey Mswati III, Jefe de Estado del Reino de Swazilandia

El Presidente (*interpretación del inglés*): Esta mañana celebraremos la cuarta sesión de la Reunión Conmemorativa Extraordinaria de la Asamblea General con ocasión del cincuentenario de las Naciones Unidas. La Asamblea escuchará ahora un discurso de Su Majestad el Rey Mswati III, Jefe de Estado del Reino de Swazilandia.

Su Majestad el Rey Mswati III, Jefe de Estado del Reino de Swazilandia, es acompañado a la tribuna.

El Rey Mswati III (*interpretación del inglés*): Traigo del Reino de Swazilandia los saludos y los buenos deseos de Su Majestad la Reina y de toda la nación swazi a nuestros amigos y Miembros de las Naciones Unidas.

Mi tarea hoy es por cierto muy sencilla: se trata de declarar el compromiso constante de mi país para con la

Carta fundadora de nuestra Organización y renovar nuestro apoyo a las Naciones Unidas y a sus organismos por medio de las disposiciones de la Declaración que habremos de adoptar.

Dicha Declaración incluye los propósitos y principios originales de nuestra Organización y las mismas esperanzas y expectativas de los dirigentes fundadores. Para ellos, después de la experiencia de dos guerras mundiales, la idea de un mundo unido en prosecución del desarrollo pacífico representaba la mejor oportunidad para que la humanidad pudiera centrar sus energías y recursos, no en la futilidad del conflicto, sino en las necesidades de la supervivencia.

Cincuenta años después, la experiencia nos proporciona una imagen clara de nuestros fracasos, así como también de nuestros logros, y requiere de nosotros que aprendamos de nuestros errores y construyamos sobre la base de nuestros éxitos. Tenemos mucho de qué estar orgullosos, a la vez que honramos en particular a aquellos que dedicaron su vida o la perdieron al servicio de la humanidad.

Entre aquellos de nosotros que tenemos el privilegio de asistir al encuentro histórico que se lleva a cabo en estos días, quisiera ser, si Dios así lo desea, uno de los pocos que estén presentes cuando conmemoremos el centenario de nuestra Organización en el año 2045. Digo esto no por orgullo o impulsado por la precipitación propia de la juventud. Lo digo porque estoy aquí ante ustedes

95-86410 (S)

9586410

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada e incorporadas en un ejemplar del acta, dentro del plazo de un mes a partir de la fecha de celebración de la sesión, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina C-178. Dichas correcciones se publicarán después de finalizar el período de sesiones en un documento separado.

representando no solamente a mi país, sino también a la juventud del mundo y a las generaciones por venir, cuyas expectativas y esperanzas para sus propias vidas y para el futuro de la humanidad deben constituir el centro de atención de las Naciones Unidas en los próximos 50 años.

¿Cuáles son esas expectativas, esas esperanzas? Creo que los padres fundadores de las Naciones Unidas habrían reconocido sus propios objetivos en los de mi generación. No pedimos demasiado. Después de todo, se trata de lo que cualquier ser humano tiene el derecho de esperar: buena salud, refugio, seguridad para la familia propia, libertad para seguir las ideas y creencias de propia elección, tener acceso a la educación y a un empleo y, por sobre todas las cosas, tener la posibilidad de vivir en paz en términos de igualdad unos con otros y en armonía con todas las creaciones de Dios.

La Declaración que tenemos ante nosotros con su programa detallado para un mejor desempeño de las Naciones Unidas representa una óptima oportunidad de realizar los sueños de nuestros pueblos.

Requiere que nosotros, como Miembros de una Organización de la cual ninguna persona o nación debe sentirse excluida, trabajemos con un propósito común y con un conjunto de prioridades y principios colectivos.

Reconocemos la necesidad de que las Naciones Unidas y sus organismos cuenten con las estructuras y con la capacidad que les permitan desenvolverse en nuestro nombre con eficiencia y transparencia, inclusive rindiendo cuentas, y siempre con un oído atento a los deseos de sus Miembros.

Los órganos claves para la toma de decisiones, en los cuales depositamos nuestra confianza, deben adaptarse de tal manera que realmente representen a todos los países y lleguen a conclusiones que tengan en cuenta las opiniones y el bienestar de nuestros pueblos.

Como Miembros, cada uno de nosotros debemos reconocer las responsabilidades que hemos asumido con nuestra participación: apoyar a nuestra Organización; respetar la soberanía, las tradiciones y la individualidad de unos y otros; aplicar los planes de acción diseñados para nuestro desarrollo social, económico y político; y acatar los principios de la Carta fundadora para el bien de aquellos que representamos.

En 2045 deseo poder decir, con la mirada puesta en mis hijos y en mis nietos, “hemos hecho lo mejor que

hemos podido”. Si todos podemos compartir este compromiso para con las generaciones venideras —y si nuestra Organización puede adaptarse a los requerimientos cambiantes de los tiempos—, dentro de 50 años el mundo será más seguro, un lugar más feliz para todos y habremos cumplido con nuestro deber para con nuestros pueblos y para con toda la humanidad.

En nombre del Reino de Swazilandia, me comprometo personalmente y comprometo a mi pueblo para con el futuro de las Naciones Unidas, en la creencia de que esta es la única Organización mundial que tiene la capacidad y el propósito de permitirnos alcanzar nuestros objetivos.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Jefe de Estado del Reino de Swazilandia por su declaración.

Su Majestad el Rey Mswati III, Jefe de Estado del Reino de Swazilandia, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Teniente de Aviación (retirado) Jerry John Rawlings, Presidente de la República de Ghana

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Excelentísimo Teniente de Aviación (retirado) Jerry John Rawlings, Presidente de la República de Ghana.

El Excelentísimo Teniente de Aviación (retirado) Jerry John Rawlings, Presidente de la República de Ghana, es acompañado a la tribuna.

El Presidente Rawlings (*interpretación del inglés*): Hoy, como ustedes saben, reconocemos y aplaudimos esa portentosa visión de la igualdad de derechos de las naciones, grandes y pequeñas, de hombres y mujeres, así como de libertad y justicia consagrados en la noble Carta de las Naciones Unidas.

La Carta ha dado a la comunidad internacional de Estados de la posguerra orientaciones morales y jurídicas. Ha expresado en palabras inolvidables y con una lógica irresistible, los principios sobre los cuales podría construirse un mundo nuevo y mejor, un mundo en el que reinen la tolerancia y el respeto mutuo.

Este cincuentenario es, efectivamente, un motivo de celebración. El número de Miembros de las Naciones Unidas ha aumentado de 51 a 185; los antiguos imperios

coloniales, tal como los hemos conocido, se han desmantelado, por más que surjan formas nuevas; la guerra fría parece haber terminado, aunque muchos de nosotros todavía vivimos con su legado doloroso, muy doloroso; las cuestiones del medio ambiente, la mujer, el niño, el desarrollo social y la población se han colocado en el centro mismo del programa de desarrollo. Quiero aprovechar esta oportunidad para rendir homenaje a la honorable dama de Tanzania, la Sra. Mongelia, bajo cuya dirección la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, de Beijing, pudo hacer comprender al mundo un tema muy importante. Hoy sabemos que el desarrollo es la gente y su calidad de su vida, y no simplemente datos estadísticos.

En esta muy importante ocasión saludo en nombre de ustedes a las Naciones Unidas, en especial por los millones de personas que hoy son más sanas y viven una vida más segura y feliz gracias a una u otra forma de actividad de las Naciones Unidas. También debemos saludar a los organismos de las Naciones Unidas por los millones de refugiados del mundo entero que, de no ser por nuestra Organización, hubieran perdido toda esperanza e incluso la propia vida. Debemos rendir homenaje a las Naciones Unidas por sus esfuerzos por mantener la paz y contener el sufrimiento humano y, por último, también debemos rendirle homenaje por la independencia de tantos Estados nuevos y por el fin del *apartheid*, especialmente en Sudáfrica.

Al felicitar a las Naciones Unidas nos estamos aplaudiendo a nosotros mismos. Nosotros somos las Naciones Unidas. La encarnación de la voluntad colectiva de la comunidad de Estados soberanos, así como la de nuestras debilidades colectivas. Este cincuentenario, por lo tanto, también es una oportunidad para reflexionar en forma muy sobria sobre nuestros fracasos. Al hablar de nuestros fracasos, me parece asimismo importante que, en esta ocasión en que nos felicitamos por nuestros éxitos, reconozcamos al mismo tiempo que, manifestadas en los muchos conflictos que vemos en distintas partes del mundo, hay situaciones muy dolorosas que ocasionan la pérdida de un sinnúmero de vidas.

Dentro de esta sobria reflexión también tenemos que reconocer nuestros fracasos, que se manifiestan en la reaparición del genocidio y en la “depuración étnica” que se practica en forma flagrante bajo distintas apariencias en todo este mundo nuestro. Esos fracasos también los vemos en los vientres hinchados de los niños mal nutridos del tercer mundo, y muy especialmente en mi continente, África. Para nosotros en África, particularmente, los próximos 50 años quizás sean aún más decisivos que los 50 años transcurridos. Quisiéramos ver en la comunidad inter-

nacional, y en el contexto de las Naciones Unidas, una inversión completa de la marginación de nuestro continente.

No podemos evitar sentirnos conmovidos por el hecho de que la comunidad internacional esté dispuesta a gastar 5 millones de dólares por día en operaciones de mantenimiento de la paz en Bosnia y Herzegovina —y conste que no escatimamos a ese noble pueblo tal solidaridad internacional; ciertamente, la merecen—, pero cuando pedimos una suma equivalente a diez o quince días de esa cuenta como ayuda para aquéllos de nosotros en África que estamos haciendo todos los esfuerzos posibles para ayudarnos a nosotros mismos con los magros recursos que tenemos, hay un silencio ensordecedor. ¿Ha de continuar ese doble rasero? Ésa es la cuestión. Se la planteo a ustedes. Los estadistas del mundo, ¿por cuánto tiempo más van a estar sin echar siquiera una mirada de reojo a África cuando examinan el escenario mundial, a pesar de los muchos recursos que África ha proveído al mundo moderno de hoy?

No olvidemos que, como dije anteriormente, los recursos de África, tanto humanos como materiales, han contribuido en gran medida en el curso de los siglos a la prosperidad de las naciones y al progreso humano. Por lo tanto, debemos denunciar el egoísmo del que posee los medios y contempla las necesidades de los demás pero se niega a atenderlas. Observamos el consumo excesivo imprudente de algunos en medio de la pobreza desgarradora y devastadora de tantos. Sentimos hambre en medio de la copiosidad, experimentamos penuria en medio de la abundancia.

Debemos deplorar asimismo la atención exclusiva que presta la comunidad internacional a todo lo negativo de África y la indiferencia que muestra hacia todos los aspectos positivos que predominan en este continente: se concentra en las imágenes de niños muriendo de hambre pero no dice nada acerca de las nuevas escuelas y clínicas; hace hincapié en las políticas que han fracasado pero no en las páginas de éxito que se han escrito en todo el continente, muy a menudo con la asistencia de la comunidad desarrollada, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial; subraya la degradación urbana pero no menciona el nuevo progreso industrial, lo que constituye una más de las tergiversaciones desafortunadas de lo que ocurre en nuestro continente.

Esperemos que en los próximos 50 años de las Naciones Unidas se ponga fin a este doble rasero en los asuntos internacionales. Al aplaudir los éxitos de las Naciones Unidas y reconocer sus deficiencias, debemos hacer todo lo posible por comprometernos a trabajar por la

reforma y democratización de este augusto órgano. Recuperemos esa visión de los padres fundadores de las Naciones Unidas y mantengamos vivas las esperanzas de millones de personas. Nosotros, que somos los depositarios de esa visión, convirtamos nuestras palabras en acción positiva para las generaciones venideras. Construyamos un mundo en el que el sentido de internacionalismo consagrado en la Carta nos conduzca a un siglo XXI en el que prevalezca el derecho y no el poder, en el que la justicia venza a la injusticia y en el que los pequeños y débiles puedan vivir al lado de los grandes y fuertes con seguridad y sin temor.

Recordemos que no puede haber un futuro brillante para el mundo ni orden internacional nuevo duradero sin que África ocupe un lugar digno, el lugar que le corresponde, en la mesa de la humanidad y en los consejos en los que se toman las decisiones mundiales.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Presidente de la República de Ghana por su declaración.

El Excelentísimo Teniente de Aviación (retirado) Jerry John Rawlings, Presidente de la República de Ghana, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Soeharto, Presidente de la República de Indonesia

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Excelentísimo Sr. Soeharto, Presidente de la República de Indonesia.

El Excelentísimo Sr. Soeharto, Presidente de la República de Indonesia, es acompañado a la tribuna.

El Presidente Soeharto (*interpretación del texto en inglés, proporcionado por la delegación, del discurso pronunciado en bahasa indonesio*): Es para mí un gran honor participar, en nombre del Gobierno y el pueblo de Indonesia, en esta histórica conmemoración del cincuentenario de las Naciones Unidas.

El cincuentenario de las Naciones Unidas es especialmente significativo para nosotros en Indonesia, pues este año celebramos también el cincuentenario de la proclamación de nuestra independencia. No es una coincidencia que tanto la Carta de las Naciones Unidas como la Constitución de Indonesia abracen los mismos principios y propósitos, que en ambos se exprese el anhelo por la paz universal que

sólo se conseguirá cuando toda la humanidad comparta los frutos de la libertad y la justicia.

Para Indonesia, las Naciones Unidas son un foro importante para el cumplimiento de nuestro mandato constitucional de contribuir a la erradicación del colonialismo, la dominación, la pobreza y la injusticia en todo el mundo y a la formulación de un nuevo orden internacional. Las Naciones Unidas han figurado de forma prominente en la lucha de Indonesia por preservar su libertad.

Las Naciones Unidas han desempeñado un papel crucial en la contención de los conflictos en varias regiones. Sin embargo, para garantizar la paz en la era posterior a la guerra fría, necesitamos reforzar la capacidad de las Naciones Unidas mediante mecanismos regionales y mundiales más efectivos para establecer la paz, mantener la paz y consolidar la paz después de los conflictos, así como en la esfera de la diplomacia preventiva.

En conjunto, las Naciones Unidas y sus organismos especializados han realizado una inmensa gama de actividades que atañen a todos los aspectos de la vida de los pueblos de todo el mundo. Sin embargo, no podrá seguir haciéndolo con el mismo éxito y vigor mientras se tambalee al borde de la insolvencia financiera. Esta situación no puede seguir indefinidamente sin tener consecuencias adversas para la comunidad mundial.

Hagamos que este cincuentenario de nuestra Organización sea una ocasión para que todos nosotros abordemos ese problema crítico, así como los asuntos relativos a su reforma, revitalización y democratización, para que las Naciones Unidas puedan hacer frente a los problemas de nuestro tiempo.

Desde el decenio de 1960, las Naciones Unidas iniciaron una serie de estrategias de desarrollo internacional, pero eso no ha sido suficiente para corregir los desequilibrios entre los países desarrollados y los países en desarrollo. La brecha entre ellos sigue creciendo. Los países en desarrollo siguen marginados de los procesos de toma de decisiones respecto a la economía mundial.

Con el final de la guerra fría, surgió una nueva interdependencia y un nuevo multilateralismo, al tiempo que la economía mundial se globalizaba cada vez más. El Movimiento de los Países No Alineados, en su Cumbre celebrada en Yakarta en 1992, aprobó un nuevo enfoque y una nueva orientación, lanzando la iniciativa de que los países en desarrollo emprendieran de nuevo un diálogo basado esta vez en los intereses y beneficios mutuos, en la respon-

sabilidad repartida de forma equitativa y en una genuina interdependencia. Abrigamos la esperanza de que el reinicio del diálogo se refleje claramente en “Un programa de desarrollo”, de forma que sea un complemento adecuado de “Un programa de paz”.

En estos tiempos difíciles, nosotros, los gobiernos y los pueblos del mundo, miramos hacia las Naciones Unidas como alimento de nuestras esperanzas. No cabe duda de que necesitamos a las Naciones Unidas. Lo que a menudo olvidamos es que también las Naciones Unidas nos necesitan a nosotros. Encomiamos sus triunfos, pero olvidamos con frecuencia que sus fracasos son nuestros también. Su responsabilidad es nuestra responsabilidad.

Las Naciones Unidas nos han servido bien durante el pasado medio siglo. No obstante, nunca podremos hacer realidad el nuevo orden internacional de más paz, justicia social y prosperidad común mientras permitamos que la Organización continúe en la situación actual.

Ese objetivo sólo lo lograremos cuando finalmente hagamos de las Naciones Unidas el instrumento efectivo de paz soñado hace 50 años.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Presidente de la República de Indonesia por su declaración.

El Excelentísimo Sr. Soeharto, Presidente de la República de Indonesia, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Bailey Olter, Presidente de los Estados Federados de Micronesia

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Excelentísimo Sr. Bailey Olter, Presidente de los Estados Federados de Indonesia.

El Excelentísimo Sr. Bailey Olter, Presidente de los Estados Federados de Micronesia, es acompañado a la tribuna.

El Presidente Olter (*interpretación del inglés*): Tengo el honor y el privilegio de traer a esta reunión histórica los saludos y los mejores deseos de todo el pueblo de los Estados Federados de Micronesia. La presencia aquí de tantas naciones representadas al más alto nivel es el mayor testimonio de la universalidad de esta Organización y nos brinda una firme base política sobre la cual formular el papel de la Organización para los próximos 50 años.

Como ya han dicho otros oradores, este es momento no sólo de celebración sino también de reflexión y evaluación. Micronesia, cuyo pueblo ha dependido muy especialmente de las Naciones Unidas durante toda su existencia, siente hoy que fue siempre parte de la Organización, aunque sólo somos Miembros de ella desde hace pocos años.

Seguiremos agradecidos a los miembros y al personal del Consejo de Administración Tributaria, así como a los Estados Unidos como Autoridad Administradora del fideicomiso, por el papel que desempeñaron en nuestro avance hacia la libre determinación y, finalmente, la independencia. Es justo que poco antes de este aniversario el Consejo de Administración Tributaria completara su trabajo. Así, el éxito en el cumplimiento del pesado mandato en virtud de la Carta es uno de los logros que hoy podemos celebrar con razón.

También hemos de celebrar que durante los últimos 50 años haya disminuido drásticamente la práctica del colonialismo por parte de las mayores Potencias del mundo. Pero, a diferencia de la experiencia habida con el sistema de fideicomiso, la Carta ha resultado menos efectiva en lograr que algunas naciones dejen de lado sus propios intereses egoístas y releguen sus posesiones coloniales al lugar que les corresponde por justicia en los libros de historia. Esta realidad desafortunada todavía afecta a la vida de millones de personas en la región de las islas del Pacífico.

Como nuestra región está lejos de las Potencias coloniales, les sigue siendo útil para el vertimiento de sus materiales peligrosos y para la realización de ensayos y otras prácticas demasiado peligrosas para llevarlas a cabo en su propio territorio. Como consecuencia de ello, y en nombre de la necesidad de gobiernos que están a medio mundo de distancia de nosotros de afirmar sus derechos soberanos, nosotros, junto con los habitantes de las colonias, nos vemos forzados a soportar las consecuencias de esas acciones, consecuencias que se harán sentir durante generaciones. Esto empaña nuestra celebración de hoy.

Como sabemos, la Carta obliga a todos los Miembros a adoptar medidas a nivel individual y colectivo en favor de la promoción del respeto y la observancia universales de los derechos humanos. Esto está estrechamente vinculado con obligaciones amplias relativas a los territorios no autónomos. No obstante, es triste observar que, en gran medida, estos objetivos de la Carta siguen sin realizarse, pese a los dedicados y perseverantes esfuerzos realizados durante muchos años por Miembros de las Naciones Unidas. En verdad, personas valerosas han sacrificado sus vidas al

servicio de las Naciones Unidas en la prosecución de esos objetivos, y les rendimos homenaje aquí. Sus sacrificios no han sido vanos.

Abrigamos la esperanza de que durante los próximos 50 años se puedan lograr avances en pro de una mejor armonía entre las inevitables consideraciones de los intereses nacionales y los derechos y expectativas legítimos de los pueblos menos poderosos del mundo. Soy plenamente consciente de que incluso hoy una declaración de esta índole parece idealista, y ese es el problema que afrontamos. Pese a ello, sólo en un contexto de esta índole se puede insuflar verdadera vida a secciones de la Carta que no han sido abordadas en forma adecuada a lo largo de los primeros 50 años.

No se puede restar importancia a los logros que han alcanzado hasta ahora las Naciones Unidas como foro para la promoción de la paz y la seguridad mundiales, y encomio esos logros al tiempo que reconozco la labor que aún falta por realizar. Pero esta Organización tiene una misión aún más importante. A medida que las poblaciones aumentan y plantean demandas cada vez mayores con respecto a los limitados recursos de nuestro planeta, incluso los más ricos de nosotros deben comprender la gran visión futurista de la Carta. En ella se insta sabiamente a pueblos y gobiernos grandes y pequeños, ricos y pobres, a que incorporen en sus políticas y en sus acciones un respeto auténtico por el derecho de todos, incluidos los menos privilegiados de nosotros, de vivir en condiciones de decencia e igualdad.

Este desafío no incumbe sólo al mundo desarrollado, sino que se aplica también a las naciones en desarrollo. No constituye un llamamiento simplista en favor de un aumento de la asistencia del Norte al Sur. En lugar de ello, trata de lograr un despertar universal a la realidad más importante de la vida actual. Esta realidad consiste en que todos nuestros intereses se van vinculando cada vez más estrechamente con cada nueva generación. Todos tenemos responsabilidades si queremos corregir las consecuencias de la conducta egoísta que tuvimos en el pasado. La destrucción ocasionada por la guerra, la gestión inadecuada de nuestros recursos naturales, la contaminación de nuestro espacio vital, la disminución de nuestra diversidad biológica y los estragos que causaremos al clima mismo de nuestro planeta se combinarán y abrumarán a la población de la Tierra a menos que encontremos un terreno común.

Ese terreno común existe. Existe aquí. No nos pide que renunciemos a nuestra nacionalidad ni a nuestra cultura. Es la Carta de las Naciones Unidas, un documento visionario que ha logrado mucho en sus 50 años de vigencia y que

proporciona un formato para nuestra propia supervivencia. Que Dios permita que tengamos el valor de aprovecharla.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Presidente de los Estados Federados de Micronesia por su declaración.

El Excelentísimo Sr. Bailey Olter, Presidente de los Estados Federados de Micronesia, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Glafcos Clerides, Presidente de la República de Chipre

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora el discurso del Excelentísimo Sr. Glafcos Clerides, Presidente de la República de Chipre.

El Excelentísimo Sr. Glafcos Clerides, Presidente de la República de Chipre, es acompañado a la tribuna.

El Presidente Clerides (*interpretación del inglés*): En momentos en que conmemoramos el cincuentenario de las Naciones Unidas, considero que tengo la solemne obligación de rendir homenaje, en nombre del pueblo y el Gobierno de Chipre, a los fundadores de nuestra Organización, cuya visión y determinación hizo posible su creación, y de alentar y felicitar a todos los que participamos en esta Organización.

Pese a las vicisitudes de la guerra fría y a la situación turbulenta que el mundo vive actualmente, la Organización mundial, nacida de las cenizas de la segunda guerra mundial, ha logrado resultados encomiables. Se han abordado con un éxito considerable las cuestiones vitales de la descolonización, el mantenimiento de la paz, los derechos humanos, la democratización, el desarrollo y la codificación del derecho internacional. Por otro lado, los esfuerzos en aras de la paz y la seguridad mundiales, que constituyen la responsabilidad primordial de las Naciones Unidas, han obtenido resultados variados. Desafortunadamente, el tan esperado dividendo de la paz tras la finalización de la guerra fría nos ha resultado esquivo, y como consecuencia de ello numerosos conflictos étnicos cobran su grave cuota diaria en vidas humanas y pérdidas materiales.

Al mismo tiempo, algunos problemas de larga data, entre ellos el problema de la invasión y ocupación de parte del territorio de mi país a manos de Turquía, siguen pendientes desde hace años.

Situaciones de esa índole generan cuestionamientos acerca de la validez de la Carta de las Naciones Unidas y de la eficacia de la Organización. La Carta de las Naciones Unidas, un gran logro humano que encarna la sabiduría y la visión de que hicieron gala quienes la redactaron, para preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, constituye la base jurídica y moral de las relaciones internacionales y es tan válida y pertinente hoy como siempre.

Lo que en realidad se necesita es reducir la brecha entre el principio y la práctica creada por la no aplicación objetiva y universal de las disposiciones de la Carta, causando de esa manera inseguridad, frustración y amargura. También es esencial mantener la autoridad de la Organización contra aquellos que pisotean la opinión pública internacional expresada en las resoluciones de las Naciones Unidas.

Presenciamos el espectacular incremento en la participación directa de las Naciones Unidas en el complejo mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, en un mundo interdependiente y en constante cambio. Debido a esos retos que tenemos en el futuro, debemos ocuparnos de manera prioritaria de los importantes problemas de la revitalización y refinanciación, y reformar y fortalecer a nuestra Organización para convertirla en un instrumento más poderoso al servicio de la humanidad, en cuyo nombre fue creada.

El genio humano esgrimido en favor de la causa de la paz inmediatamente después de la segunda guerra mundial ha tenido que encarar nuevos desafíos en la causa de la paz, la cooperación y el desarrollo entre las naciones.

Quizá ningún tributo a nuestra Organización sería más apropiado que renovar nuestra adhesión a los principios perdurables y a los ideales de la Carta de las Naciones Unidas y sumarnos en esfuerzos decididos, ahora y en los años venideros, para dar mayor vigor a nuestras instituciones y a nuestra propia determinación en la promoción de las aspiraciones universales de paz, justicia y cooperación entre los países y pueblos del mundo.

La República de Chipre compromete su determinación de ejercer todos los esfuerzos para que las actividades de las Naciones Unidas puedan ampliarse, para que se apliquen universalmente sus principios e ideales y para que sus resoluciones se apliquen cabalmente. Prometemos nuestra decisión de defender estos principios e ideales de las

Naciones Unidas, una Organización cuyo cincuentenario con tanto orgullo y de manera tan solemne celebramos hoy.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Presidente de la República de Chipre por su declaración.

El Excelentísimo Sr. Glafcos Clerides, Presidente de la República de Chipre, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Armando Calderón Sol, Presidente de la República de El Salvador

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora el discurso del Excelentísimo Sr. Armando Calderón Sol, Presidente de la República de El Salvador.

El Excelentísimo Sr. Armando Calderón Sol, Presidente de la República de El Salvador, es acompañado a la tribuna.

El Presidente Calderón Sol: Hace 50 años, la destrucción y los sufrimientos que causaron dos guerras mundiales nos hicieron meditar profundamente, uniéndonos para crear las Naciones Unidas, una Organización orientada a mantener la paz y la seguridad internacionales, fomentar la justicia, la dignidad, el bienestar humano, el entendimiento y la cooperación entre las naciones.

El orden internacional establecido en la posguerra fue caracterizado por el antagonismo y la confrontación ideológica. No obstante, las Naciones Unidas han cumplido y alcanzado logros importantes y sustantivos, destacándose, entre otros, el haber contribuido significativamente a evitar otra guerra mundial de impredecibles consecuencias, a eliminar el colonialismo y la discriminación racial, a impulsar la codificación del derecho internacional, a fortalecer el sistema internacional de protección de los derechos humanos y a promover la cooperación internacional para mejorar las condiciones políticas, económicas y sociales de nuestros pueblos.

Después de tantos años de tensiones e inseguridad en la era bipolar, el mundo ha sufrido profundas transformaciones que lo hacen sustancialmente diferente. La guerra fría finalizó, se ha transformado el mapa geopolítico y gestado un proceso de democratización mundial, sustituyéndose el enfrentamiento por la cooperación y poniéndose en marcha un proceso de globalización en el ámbito político, económico, social y ambiental. Ante la realidad internacional actual, estamos convencidos de que los principios

y objetivos de las Naciones Unidas tienen una vigencia excepcional, siendo el único sistema universal en el que los Estados pueden confiar para examinar y poner en acción medidas para alcanzar objetivos comunes de la humanidad, debiendo entenderse que la Organización tiene un carácter intergubernamental, en el que los Estados Miembros tenemos la responsabilidad de otorgarle los medios y los recursos para alcanzar sus objetivos.

En ese sentido, las Naciones Unidas deben profundizar su proceso de modernización integral, que le permita racionalizar la utilización de sus recursos y, al mismo tiempo, mejorar la eficiencia y transparencia en el cumplimiento de sus funciones.

La agenda mundial que se nos presenta requiere de respuestas prontas y eficaces contra la producción, el tráfico y el consumo de drogas, el terrorismo, el lavado de dinero, el crimen organizado, la corrupción y todos aquellos flagelos que actualmente sacuden a la humanidad.

En las exitosas conferencias organizadas por las Naciones Unidas sobre los derechos humanos, el medio ambiente, la población, el desarrollo social y la mujer, alcanzamos compromisos mundiales muy importantes a los que debemos dar adecuado seguimiento.

La erradicación de la pobreza sigue siendo el principal desafío que enfrentamos los Miembros de la Organización, y no debemos descansar hasta romper con la fatalidad de que el que nace pobre esté condenado a morir pobre.

A fin de que la Organización, debidamente modernizada, esté en óptimas condiciones para responder eficazmente a los desafíos, es indispensable contar con la voluntad política de todos los Miembros en el cumplimiento de sus obligaciones financieras.

En relación con el proceso de reforma de la Organización, estamos en favor de promover las oportunidades de participación e incrementar la representatividad.

Los Estados pequeños, por necesidad propia de sobrevivencia, son usualmente más creativos. Esa creatividad podría ser mejor utilizada si se nos respetara el derecho a una participación más justa en todos los órganos principales de las Naciones Unidas. Igualmente, debe aumentarse el carácter representativo del Consejo de Seguridad, reflejando la nueva estructura de la comunidad internacional.

Al conmemorar el cincuentenario de nuestra Organización, reafirmamos nuestra confianza en las Naciones

Unidas, especialmente porque con su cooperación el pueblo salvadoreño alcanzó la paz y terminó un conflicto fratricida que duró más de 10 años. La contribución de las Naciones Unidas en el proceso de reconciliación en El Salvador es un hecho exitoso que fortalece nuestro compromiso con los principios que la inspiran.

Esperamos que la declaración de esta Reunión Conmemorativa Extraordinaria se convierta en un compromiso ineludible de todos los Estados Miembros de la Organización a fin de cumplir sus propósitos y principios de lograr una paz permanente y un mundo mejor para las futuras generaciones.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Presidente de la República de El Salvador por su declaración.

El Excelentísimo Sr. Armando Calderón Sol, Presidente de la República de El Salvador, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Antonio Mascarenhas Monteiro, Presidente de la República de Cabo Verde

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora el discurso del Excelentísimo Sr. Antonio Mascarenhas Monteiro, Presidente de la República de Cabo Verde.

El Excelentísimo Sr. Antonio Mascarenhas Monteiro, Presidente de la República de Cabo Verde, es acompañado a la tribuna.

El Presidente Monteiro (*interpretación del texto inglés, proporcionado por la delegación, del discurso pronunciado en portugués*): Señor Presidente: Es mi deseo, en primer lugar, asegurar a usted cuánto me complace su elección a la Presidencia del quincuagésimo período de sesiones de la Asamblea General, al tiempo que expreso mi más firme convicción de que sus reconocidas cualidades personales y su vasta experiencia constituyen garantías seguras de un trabajo eficiente y denodado en pro de nuestra Organización.

Igualmente, quiero hacer llegar mi más profundo reconocimiento a su predecesor, el Señor Ministro Amara Essy, distinguido hijo de un país hermano, Côte d'Ivoire, cuya Presidencia del cuadragésimo noveno período de sesiones se tradujo en una valiosa contribución para las Naciones Unidas.

Al Secretario General, Sr. Boutros Boutros-Ghali, le reitero mi más cálido tributo por la forma empeñosa en que desempeña sus funciones, por lo cual es merecedor del agradecimiento y el respeto de la comunidad internacional.

Esta Reunión Conmemorativa Extraordinaria del cincuentenario de las Naciones Unidas reviste innegable importancia y significación y no se trata solamente de una conmemoración. Reunidos aquí ahora los representantes de los más diversos Estados nos interesa evaluar el camino recorrido en este medio siglo y proyectar el futuro.

Estamos en la alborada de un nuevo siglo, con otros desafíos y distintas exigencias. Es imperativo un nuevo compromiso con el futuro y, desde luego, con el futuro de esta nuestra Organización. Así, pues, debemos reafirmar nuestra voluntad inequívoca de continuar la realización de los propósitos y objetivos de las Naciones Unidas. Hoy, después de 50 años, es justo concluir que las Naciones Unidas han cumplido con su misión.

Por consiguiente, nadie sabrá definir cómo sería el mundo de nuestros días sin esta Organización, teniendo en cuenta no sólo su papel en la promoción y facilitación de los grandes y necesarios cambios, sino también su intervención específica en los más distintos dominios de la realización del ser humano, tanto individual como colectivamente.

Particularmente en lo que se refiere a la paz, las Naciones Unidas poseen una dinámica efectiva de conceptualización y acción que debe ser mejorada y explorada. Este objetivo no puede postergarse, teniendo en cuenta el nuevo marco que surge después de la desaparición de la confrontación entre el Este y el Oeste.

La realidad actual exige un firme protagonismo de las Naciones Unidas con el fin de garantizar la paz y la seguridad de tal forma que, en un contexto generalizado de observancia de los valores y las normas del derecho internacional, todos los Estados, grandes y pequeños, puedan concentrar sus capacidades y energía en la promoción del bienestar a que los pueblos tienen derecho.

Por lo tanto, es imperativo subrayar que el desarrollo se presenta como una cuestión vital para la humanidad, siendo por consiguiente evidente que ningún esfuerzo tendrá éxito si no es dentro de un marco de profunda paz como valor primero. La paz y el desarrollo son componentes de una misma lucha, una lucha que es común, por lo que requiere el empeño de toda la comunidad internacional en

la certeza de que lo que está en juego es el futuro de la humanidad.

La lucha contra la desertificación en defensa del equilibrio ecológico global, la lucha contra la pobreza, la prevención y arreglo de los conflictos intra e interestatales, la cuestión demográfica, la resolución del problema de los refugiados y personas desplazadas, las estrategias del desenvolvimiento social, el combate contra el crimen internacional, el respeto y realización de los derechos humanos son sólo algunos ejemplos de los campos de acción que reclaman la contribución de todos cuantos desean un mundo mejor.

En suma, esta es una carga que no debemos transmitir a las generaciones futuras, por lo que se impone nuestro empeño y estrategias a largo plazo. Por otro lado, en el actual contexto de la globalización económica, es importante superar el déficit en la cooperación y la coordinación, tan indispensables para la coherencia y viabilidad de la vida internacional. Ésta constituye una meta prioritaria para las Naciones Unidas.

Asimismo, las Naciones Unidas deben, por sobre todo, reflejar el mundo que tenemos hoy con su propia dinámica y sus equilibrios intrínsecos. En ese sentido se entienden los trabajos relativos a la reforma en curso.

Será necesaria una permanente consideración para que los problemas en el dominio financiero no actúen contra nuestra capacidad de acción, mayormente en lo que respecta a las actividades que promueven el desarrollo.

Lucidez y valor deberán guiarnos en nuestros intentos de reforma que se relacionan con la materialización de la igualdad de derechos entre los Estados, así como la transparencia y democratización en el funcionamiento de las Naciones Unidas, particularmente en lo relativo al Consejo de Seguridad.

Tenemos que saber superar la brecha normativa entre determinadas disposiciones de la Carta de las Naciones Unidas y la realidad palpitante que vivimos a nivel internacional. En lugar de cerrar los ojos o contentarnos con medias soluciones, debemos ser creativos y osados. Sepamos estar a la altura de este momento histórico de cambio.

Nuestra Organización no puede ser ni debe hacer sino aquello que desean sus Miembros. Sólo así las Naciones Unidas podrán continuar siendo, en el segundo milenio que se avecina, un instrumento imprescindible de la comunidad

internacional, ese instrumento que hoy celebramos y dejaremos a las generaciones futuras.

El Presidente agradece al Presidente de la República de Cabo Verde su declaración; el Excelentísimo Sr. Antonio Mascarenhas Monteiro, Presidente de la República de Cabo Verde, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso de Su Excelencia el Honorable Bill Hayden, A. C., Gobernador General de Australia

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso de Su Excelencia el Honorable Bill Hayden, Gobernador General de Australia.

Su Excelencia el Honorable Bill Hayden, A. C., Gobernador General de Australia, es acompañado a la tribuna.

Sr. Hayden (*interpretación del inglés*): Mientras me encuentro hoy aquí, ante representantes de casi todas las naciones de la Tierra, soy profundamente consciente de que el mundo es un sitio muy distinto del que, hace 50 años, dio nacimiento a las Naciones Unidas. Mientras los representantes se preparaban en San Francisco, en junio de 1945, para firmar la Carta de las Naciones Unidas, la mayor parte de Europa y gran parte de Asia estaban en ruinas, más de 48 millones de personas habían muerto y los sobrevivientes del mayor conflicto en la historia humana se preguntaban qué podía hacerse para impedir que tal catástrofe volviera a ocurrir.

Su respuesta fue crear una organización que tratara de encarnar los valores universales de tolerancia, progreso social y respeto de la dignidad humana dentro de los mecanismos internacionales para asegurar que todos los pueblos y todas las naciones, grandes o pequeñas, pudieran evitar el flagelo de la guerra y disponer de condiciones para el progreso económico y social.

Los fundadores de las Naciones Unidas no pudieron evitar la guerra por completo ni en su tiempo ni, lamentablemente, en el nuestro. Pero los pasados 50 años no han visto conflictos globales y las Naciones Unidas no han tenido en ello pequeña participación. Ha sido también una época de progreso sin paralelo en una amplia gama de esferas, en las cuales se advierte de inmediato el trabajo de las Naciones Unidas, buena parte del cual rara vez ha sido reconocido.

Las Naciones Unidas han desempeñado un papel central en el control de armamentos, el desarrollo de la infraestructura para el sistema mundial de salvaguardias nucleares y la identificación y definición de los derechos humanos internacionales. Las Naciones Unidas han hecho mucho por promover el desarrollo económico y social, por mejorar la condición de la mujer, proporcionar socorro humanitario y en caso de desastres, y han enfrentado con bastante éxito los problemas mundiales de la salud. Y, como una de sus conquistas más importantes, las Naciones Unidas han jugado un papel fundamental en la descolonización y en la realización del derecho a la libre determinación de cientos de millones de personas.

Recuerdo con orgullo la contribución de Australia a la fundación de las Naciones Unidas, debido al papel central que desempeñó el entonces Ministro de Relaciones Exteriores de mi país, Sr. Herbert Vere Evatt. Mientras en 1945 el principal objetivo de Australia era la creación de un sistema en el que se pudieran solucionar pacíficamente los conflictos entre las naciones, de conformidad con principios jurídicos internacionales aceptados, el Sr. Evatt argumentó con gran eficacia que la actividad política de las Naciones Unidas no sería suficiente, por sí sola, para impedir futuros conflictos y que para garantizar la paz y la estabilidad internacionales había que abordar la solución de las causas más fundamentales de los problemas mundiales.

El Gobierno de Australia cree que si bien la naturaleza de las amenazas a la seguridad y la estabilidad mundiales han cambiado extraordinariamente desde que la Carta entró en vigor, hace 50 años, ese instrumento es tan pertinente hoy como lo era en 1945 y que sólo necesitamos reafirmar sus metas y objetivos para guiar a las Naciones Unidas en el próximo milenio.

El reto que encaran las Naciones Unidas hoy y en el próximo siglo es el de reintegrar las funciones de la Organización de la manera que se lo propusieron los fundadores, para evitar la división estéril y rígida entre cuestiones de paz y seguridad, de desarrollo y de derechos humanos y justicia. Como lo reconocieron el Sr. Evatt y otros fundadores de las Naciones Unidas, la paz internacional y —quizás más apropiadamente en nuestros días y en nuestra era— la paz dentro de los Estados debía basarse en un vínculo inextricable del concepto de paz y seguridad con el concepto de desarrollo. Si no se satisfacen las necesidades humanas de dignidad y libertad, ni todos los beneficios materiales imaginables probablemente puedan conducir a una paz duradera. La paz sin libertad, sin dignidad y sin derechos humanos básicos es una paz sin esperanza, vacía y, en el mejor de los casos, temporal.

El cambio y la adaptación en las Naciones Unidas presentan nuevos desafíos que van a requerir soluciones innovadoras. Las Naciones Unidas sólo pueden hacer lo que sus Estados Miembros les permitan, y una Organización reintegrada y revitalizada no solamente debe inducir a sus Miembros a una nueva forma de pensar sino que también debe reflejar esas nuevas ideas. Todo camino hacia adelante debe tomar en cuenta ese proceso de doble vía.

Además, no debemos olvidar que si las Naciones Unidas han de trabajar de la manera que queremos, tienen que estar dotadas de los recursos apropiados y, en última instancia, debemos estar dispuestos a pagar por ello. A corto plazo, esto significa que los Estados Miembros deben pagar sus cuotas en su totalidad a su debido tiempo. Desafortunadamente hay Estados Miembros que están en mora, no porque no puedan pagar sino porque no desean hacerlo. Más allá de esto, el Gobierno de Australia opina que, si vamos a encarar el problema a largo plazo de cómo solventar a las Naciones Unidas, debemos examinar seriamente las opciones para complementar las contribuciones de los Estados Miembros con fuentes de financiación externas. A fin de superar la actual y probablemente continua crisis financiera de las Naciones Unidas se necesita una visión clara e ideas innovadoras para examinar todo el problema de la financiación.

El cincuentenario debe ser un momento para decidir lo que podemos hacer por las Naciones Unidas y no lo que no podemos hacer. Debemos actuar en forma cooperativa, decisiva y rápida, para trazar un rumbo de avance que garantice que las generaciones futuras hereden un mundo libre de la amenaza de la guerra y de la maldición de las privaciones y la injusticia, un mundo que sea una reafirmación viviente de la dignidad y el valor fundamentales e inalienables de la humanidad.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Gobernador General de Australia por su declaración.

Su Excelencia el Honorable Bill Hayden, A. C., Gobernador General de Australia, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Ange-Félix Patassé, Presidente de la República Centroafricana

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Excelentísimo Sr. Ange-Félix Patassé, Presidente de la República Centroafricana.

El Excelentísimo Sr. Ange-Félix Patassé, Presidente de la República Centroafricana, es acompañado a la tribuna.

El Presidente Patassé (*interpretación del francés*): No puedo contener mi emoción en esta circunstancia excepcional, cuando se encuentran reunidas aquí las naciones del mundo para dar testimonio, en pie de igualdad con los muchos otros que han hablado, del largo camino que se ha recorrido desde la firma de la Carta de San Francisco.

Hoy, con motivo del aniversario de nuestra Organización, que se caracteriza por la riqueza de su historia y especialmente por su experiencia, es más que nunca oportuno que la comunidad internacional saque las lecciones que se imponen a fin de echar los cimientos de nuevas esperanzas y, especialmente y sobre todo, para plasmar en la realidad las grandes visiones de la Organización en interés de nuestros pueblos.

A la luz de las recientes conquistas, rendimos homenaje a la perseverancia de nuestros antecesores, que nos llevó a la erradicación del *apartheid* y, especialmente, a una tenue luz de esperanza de que se logre una solución definitiva del conflicto israelo-palestino. Esperamos que lo mismo se pueda decir de los distintos conflictos, latentes o abiertos, que deben abordar las Naciones Unidas, que revelan a la comunidad internacional la barbarie y las atrocidades de las que lamentablemente todavía podemos ser testigos en los albores del siglo XXI.

Es por ello que nos parece legítimo pensar que el final de la guerra fría debe anunciar el final de una epopeya y el advenimiento de un mundo nuevo, caracterizado por la tolerancia, el humanismo, la solidaridad y más justicia entre los pueblos y las naciones.

Igualmente, es necesario señalar que ha parecido injusto a ciertas naciones que una Organización que se dice universal y democrática excluya a otras de sus órganos de decisión. De ahí que es urgente ampliar el Consejo de Seguridad y descentralizar el sistema de las Naciones Unidas a fin de que responda mejor a las distintas sensibilidades de los pueblos que lo componen.

Aplaudimos los esfuerzos de las Naciones Unidas por respaldar la transición hacia la legalidad constitucional y, sobre todo, su oposición radical a toda veleidad de retorno a la dictadura, sea civil, militar, semiconstitucional o teocrática.

Llamamos la atención de la comunidad internacional sobre los esfuerzos muy particulares que quisiéramos que se centren en África. En realidad, si no hay desarrollo sostenible sin democracia, tampoco hay democracia sin desarrollo económico y social. África, por su parte, se ha encaminado de forma resuelta por la vía de la democracia. Hoy, más que nunca, la comunidad internacional debe movilizarse a favor de un nuevo orden económico internacional capaz de respetar la dignidad humana y apoyar a África en sus esfuerzos frente a sus limitaciones, es decir, la infrarrepresentación de África en las instituciones, su reducida participación en el comercio internacional, su escasa capacidad de inversión debido a la carga de la deuda externa e interna y, sobre todo, el costo de la puesta en funcionamiento de nuevas instituciones en los Estados que acaban de completar con éxito su período de transición hacia la democracia.

Por eso, fiel a la declaración que formulé aquí en 1994, reitero mi deseo de que se establezca un auténtico Plan Marshall para el desarrollo de África a fin de apoyar la irreversible convicción democrática de nuestros pueblos.

Al renovar al sexto Secretario General de las Naciones Unidas nuestro firme apoyo en su actuación y nuestra fe sincera en las Naciones Unidas, garantes de la paz, la seguridad y el bienestar en el mundo, deseamos más firmeza contra la injusticia y más rigor democrático para salvar la vocación universal de nuestra Organización, sobre todo poniendo fin a las distorsiones entre las dos Chinas y las dos Coreas.

¡Viva nuestra Organización común y que el siglo XXI sea más pacífico y más propicio para el progreso de toda la humanidad!

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Presidente de la República Centrafricana por su declaración.

El Excelentísimo Sr. Ange-Félix Patassé, Presidente de la República Centrafricana, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Mukar Cholponbayev, Presidente de la Cámara Legislativa de la República Kirguisa

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora una declaración del Excelentísimo

Sr. Mukar Cholponbayev, Presidente de la Cámara Legislativa de la República Kirguisa.

El Excelentísimo Sr. Mukar Cholponbayev, Presidente de la Cámara Legislativa de la República Kirguisa, es acompañado a la tribuna.

Sr. Cholponbayev (*interpretación del ruso*): Es un gran honor para mí representar a mi país en esta Reunión histórica de la Asamblea General de las Naciones Unidas, una Organización que se creó con el fin de sacar lecciones de los trágicos errores del pasado para que pudiéramos unir fuerzas con el propósito de ofrecer a la humanidad el futuro que merece.

Como representantes de un pueblo antiguo pero al mismo tiempo una nación joven, y al reflexionar sobre nuestra propia historia y medio siglo de esfuerzos para crear un nuevo código de cooperación internacional, desea mos expresar nuestro profundo agradecimiento a los fundadores de las Naciones Unidas. Gracias a sus esfuerzos la comunidad mundial ha tenido éxito al interrumpir el ciclo trágico de las guerras mundiales. Ahora podemos centrar nuestro debate no sobre el tema de la guerra mundial sino más bien en el del desarrollo mundial.

Aunque de diversos frentes escuchamos críticas a la actuación de las Naciones Unidas, todos estamos comprometidos con sus propósitos y principios. Esto indica que las Naciones Unidas son un órgano vivo y que necesita de todos nosotros. Aunemos los esfuerzos para hacerlo más eficiente y más sensible a los retos contemporáneos que enfrenta la humanidad.

Mi país aprecia mucho los esfuerzos de las Naciones Unidas para proporcionar apoyo a países que recientemente han alcanzado su independencia. Consideramos que nuestro futuro está vinculado a la tendencia imperante del desarrollo mundial. Hemos elegido el camino de la democracia y de radicales reformas económicas. Ahora mismo se encuentran en curso los preparativos para las elecciones presidenciales, de conformidad con todos los principios democráticos. Este acontecimiento resalta nuestra adhesión a los ideales de la libertad y la democracia.

Agradecemos a la Asamblea General el apoyo que ha dado a la celebración del milésimo aniversario de nuestra epopeya nacional, *Manas*, en la que el humanismo de nuestro pueblo refleja el idealismo de las Naciones Unidas. Para agradecer este apoyo el pueblo y el Gobierno de mi país regalarán a las Naciones Unidas una escultura de nuestro héroe nacional, *Manas*. Este regalo se ofrecerá al

Secretario General, Sr. Boutros Boutros-Ghali, como símbolo de nuestro deseo de solidaridad y hermandad entre los pueblos del mundo.

El mundo ha cambiado de forma impresionante en los últimos 50 años y creemos que seguirá la senda de la solidaridad, la comprensión mutua, la tolerancia y la cooperación. Teniendo esto en cuenta, las Naciones Unidas y sus órganos deben reestructurarse para encarar los retos de la nueva era posterior a la guerra fría. Respaldamos las propuestas planteadas aquí para reformar el Consejo de Seguridad, cuyo objetivo principal es hacerlo más eficiente. Si bien rendimos homenaje al papel de los países poseedores de armas nucleares y económicamente poderosos para resolver problemas de seguridad y desarrollo económico y social, no somos partidarios de convertir el Consejo en un club de ricos y poderosos. La fuerza moral, junto con otras consideraciones, son esenciales en la labor del Consejo.

Simpatizamos con los sentimientos manifestados ante la comunidad mundial por los países pequeños. Sin embargo, estimamos que la clave del problema radica en hacer realidad el principio de interdependencia en el mundo. Los países más grandes no pueden disfrutar de prosperidad material y espiritual hasta que sientan que son parte del mismo mundo que los países más pequeños. Esta combinación lógica de realismo e idealismo debe ser en el futuro la base para la comprensión mutua y el acuerdo.

Sí, las Naciones Unidas distan hoy mucho de ser ideales. La razón principal de que se evitara el conflicto nuclear es el temor al desastre nuclear. Pero todavía tenemos que entender los enormes peligros que el prejuicio desenfrenado, la alienación y el egoísmo nacional plantean a la humanidad. Actualmente la paz y la prosperidad son igualmente indivisibles. No se puede aspirar a una paz universal duradera mientras persistan los factores que dan lugar al odio, la intolerancia y el conflicto. En el centro de muchas calamidades radican detonadores como la pobreza, el sentir herido el orgullo nacional y el malestar social y psicológico. En este sentido, queremos ver a las Naciones Unidas como un mecanismo internacional para impedir catástrofes, antes que para luchar contra sus consecuencias. Cuando se plantea la cuestión del bienestar mundial, no se puede soslayar el aspecto de la cooperación regional. Los problemas de la ecología, la seguridad y el tráfico de drogas exigen los esfuerzos conjuntos de todas las partes interesadas. Nuestro país está preparado para cooperar en tales esfuerzos con las Naciones Unidas y sus Miembros.

La fortaleza de las Naciones Unidas se encuentra en nosotros, sus Miembros. La eficacia y la autoridad de

nuestra Organización dependen de nuestra propia voluntad y confianza, del apoyo político y financiero y de los recursos humanos capacitados. Mi país, como nuevo Miembro, está dispuesto a aportar a los próximos 50 años de las Naciones Unidas su carácter pacífico y su buena voluntad, su energía y su entusiasmo, así como su conocimiento y su experiencia. Creemos en las Naciones Unidas.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Presidente de la Cámara Legislativa de la República Kirguisa por su declaración.

El Excelentísimo Sr. Mukar Cholponbayev, Presidente de la Cámara Legislativa de la República Kirguisa, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Declaración del Excelentísimo Sr. Dahuku Péré, Presidente de la Asamblea Nacional de la República Togolesa

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora una declaración del Excelentísimo Sr. Dahuku Péré, Presidente de la Asamblea Nacional de la República Togolesa.

El Excelentísimo Sr. Dahuku Péré, Presidente de la Asamblea Nacional de la República Togolesa, es acompañado a la tribuna.

Sr. Péré (*interpretación del francés*): En estos momentos solemnes, en que nuestra comunidad rinde homenaje a la memoria de las grandes personalidades que han creado a las Naciones Unidas, cuyo cincuentenario celebramos, en nombre del Jefe de Estado del Togo, Su Excelencia el Sr. Gnassingbe Eyadema, deseo transmitir sus felicitaciones, placer y orgullo. También quisiera expresar lo muy emocionado que me siento al hacer uso de la palabra en nombre del Togo.

La importancia de este acontecimiento, el cincuentenario de las Naciones Unidas, merece que se le dedique esta Reunión Conmemorativa Extraordinaria. En mi país, reviste un carácter muy especial por dos motivos. En primer lugar, como antiguo pupilo de las Naciones Unidas, el Togo le debe, en cierta forma, su soberanía internacional a esta Organización. Por ello se impone conmemorar este aniversario de manera significativa. Esto justifica que haga uso de la palabra en esta ceremonia en nombre de nuestro Jefe de Estado. El pueblo del Togo y su Presidente desean expresar su profunda gratitud a la comunidad internacional por el inestimable apoyo que le aportó al Togo en su lucha por

afirmar su identidad y su personalidad a fin de decidir, mediante la independencia, su destino.

En esta ocasión solemne mi país renueva su firme adhesión a los propósitos y principios de las Naciones Unidas. La solemnidad de esta Reunión nos ofrece la oportunidad de reflexionar, al más alto nivel, sobre los grandes problemas que enfrenta el mundo. Luego del fin de la guerra fría, este cincuentenario da a los Estados Miembros la ocasión de fortalecer la amistad y la solidaridad entre sus pueblos, de manera que pueda emerger un nuevo enfoque de relaciones, verdaderamente basado sobre la independencia y la igualdad de los Estados. Estas relaciones deberían desarrollarse dentro del marco de una asociación dinámica, basada fundamentalmente en la independencia.

Una rápida mirada a las actividades realizadas durante estos 50 últimos años por nuestra Organización revela que si bien ha podido escapar a una guerra de gran magnitud, comparable a las dos que, por sus efectos, traumatizaron a la humanidad, no ha podido satisfacer nuestras esperanzas tanto en la esfera del mantenimiento de la paz como en la del desarrollo económico y social. En efecto, a pesar de los enormes recursos invertidos en la salvaguardia y el restablecimiento de la paz y de la seguridad regionales e internacionales, estos objetivos se encuentran lejos de ser alcanzados. El mundo es el teatro de nuevos conflictos armados, cuyo fin es imprevisible. A la luz de las enseñanzas extraídas de la experiencia de las operaciones de mantenimiento de la paz, corresponde, en opinión de mi país, fortalecer la capacidad de las Naciones Unidas en la esfera de la diplomacia preventiva y de la solución pacífica de las controversias.

Con respecto a las reformas en las que estamos pensando, también hay que aumentar el papel de la Asamblea General, que representa plenamente a la comunidad internacional, en virtud de la aplicación de los medios de solución prescritos en el Capítulo VI de la Carta.

Igualmente, las reflexiones en cuanto a la reestructuración del Consejo de Seguridad deben tomar en cuenta las reivindicaciones de numerosos Estados, tendientes principalmente a lograr una representación equitativa en el seno de ese órgano, a fin de que su composición refleje las realidades internacionales contemporáneas y que la gestión de la paz y de la seguridad universales no sea solamente competencia de las grandes Potencias.

En el plano económico, hay que deplorar que los esfuerzos realizados hasta ahora no hayan permitido hacer

frente a los desafíos que jalonan el camino del desarrollo ni mejorar el bienestar de las poblaciones del Sur. Este argumento se basa en que ni los progresos registrados en los países del Norte ni la estabilidad del mundo podrán consolidarse si la comunidad internacional no se dedica en forma más decidida a la erradicación de la pobreza, de la miseria y del analfabetismo.

Lo que importa ahora es corregir los desequilibrios inadmisibles que caracterizan las relaciones económicas entre los países desarrollados y los países en desarrollo, haciendo prevalecer la justicia y la equidad. En el mismo sentido, es urgente proceder a una reforma del sistema financiero y monetario internacional, con miras a sanear el entorno económico internacional, tomando en cuenta las aspiraciones profundas de la mayoría de los pueblos del mundo.

Los objetivos de nuestra Organización no podrán lograrse sin un adecuado apoyo económico o sin la solidaridad entre los países ricos y pobres. Estos aspectos deben fortalecerse recíprocamente.

Este mundo, que se encuentra en mutación constante, dista mucho de procurar a toda la humanidad el mínimo necesario para su supervivencia. De ahí que esta Organización tenga la obligación de redoblar sus esfuerzos para alcanzar sus objetivos de justicia y de equidad. Para ello, debemos explorar y utilizar todas las posibilidades de que disponen las instituciones subregionales, regionales o internacionales para, por una parte, asegurar la paz y, por la otra, asentar las relaciones económicas sobre bases sólidas de asociación.

Después de 50 años, podemos afirmar que gracias a las Naciones Unidas, el curso de la historia de nuestra humanidad ha cambiado profundamente. Este cambio aportará bienestar a la humanidad si los esfuerzos que incumben a las Naciones Unidas las llevan a adaptarse al nuevo contexto internacional. Sólo así podrá la Organización progresar y tener éxito en el cumplimiento de sus nobles misiones.

Los pueblos del mundo entero han elogiado la magnitud de la labor ya realizada por las Naciones Unidas en favor de la paz y de la solidaridad entre los seres humanos y ahora esperan que respondan a sus aspiraciones profundas de mejor manera que en los últimos 50 años.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Presidente de la Asamblea Nacional de la República Togolesa por su declaración.

El Excelentísimo Sr. Dahuku Péré, Presidente de la Asamblea Nacional de la República Togolesa, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso de Su Excelencia el Honorable Owen Arthur, M. P., Primer Ministro y Ministro de Finanzas y Asuntos Económicos de Barbados

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora una declaración de Su Excelencia el Honorable Owen Arthur, Primer Ministro y Ministro de Finanzas y Asuntos Económicos de Barbados.

Su Excelencia el Honorable Owen Arthur, M. P., Primer Ministro y Ministro de Finanzas y Asuntos Económicos de Barbados, es acompañado a la tribuna.

Sr. Arthur (*interpretación del inglés*): La aprobación de la Carta, por consenso, en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Organización Internacional, celebrada en San Francisco en 1945, representa uno de los grandes momentos de la historia. Hoy celebramos el cincuentenario de las Naciones Unidas, que encarnan las esperanzas y aspiraciones de un mundo devastado por la guerra.

La visión de la cooperación mundial consagrada en la nueva Organización mundial floreció y maduró en una extensa red de instituciones —el sistema de las Naciones Unidas—, cuyos servicios a la humanidad han tocado las vidas cotidianas de los pueblos de todos los rincones del mundo.

Las Naciones Unidas han construido un historial de logros del que sentirse orgullosos. Se han convertido en nuestra mejor esperanza para el fomento de la paz y la seguridad mientras establecen un cuerpo de derecho internacional que facilite la interdependencia mundial, la cooperación y las comunicaciones.

Esta Organización, especialmente mediante sus organismos especializados, ha coordinado los esfuerzos internacionales contra las enfermedades, el hambre y los sufrimientos. Ha fomentado la democracia, la justicia económica y social, y a tal fin, ha proporcionado un mecanismo universal para establecer políticas internacionales económicas y sociales.

Con el proceso de descolonización, las Naciones Unidas no sólo han asegurado el desmantelamiento del *apartheid*, sino que también han desempeñado un papel significativo para garantizar que más de 60 países —muchos

de ellos pequeños y vulnerables como Barbados— consiguieran su independencia.

Barbados saluda el liderazgo de los distinguidos Secretarios Generales y de su personal dedicado, que han desempeñado con distinción la noble misión de las Naciones Unidas.

Esos logros no deben oscurecer las dificultades reales o la complejidad de las tareas a que se ha enfrentado, y continúa enfrentándose, esta Organización. Se han producido retrocesos importantes en el camino. En momentos de frustración y decepción, incluso nos hemos preguntado, a menudo en voz alta, si las Naciones Unidas nos habían fallado, olvidando quizá que nuestras Naciones Unidas representan, ni más ni menos, que la voluntad colectiva de nuestros gobiernos, a los que sirven.

Mirando hacia el futuro, las Naciones Unidas de los próximos 50 años deben embarcarse en su viaje inacabado, reformadas y con nuevas energías para abordar los desafíos de un mundo de cambios globales tumultuosos. Barbados reafirma su compromiso con los ideales de la Carta, que nos guiarán en este trayecto.

Las Naciones Unidas reformadas deben construir un nuevo sistema de seguridad siguiendo las directrices que figuran en “Un programa de paz”, para que reflejen la nueva naturaleza de los conflictos actuales; conflictos principalmente dentro de naciones, en lugar de conflictos entre naciones. Deben acelerar e intensificar su misión de desarrollo. En particular, deben responder rápidamente al llamamiento y a los sufrimientos de los pobres del mundo, cuya suerte pesa sobre la conciencia de la comunidad internacional, y deben aplicar los programas de acción de largo alcance creados por las diversas Conferencias de las Naciones Unidas, desde Río a Beijing; y especialmente la Declaración de Barbados sobre el desarrollo sostenible de los pequeños Estados insulares en desarrollo.

Si así se hace, podremos contemplar un futuro más feliz, en el que las naciones vivan en paz, las diversas culturas florezcan en armonía y todos los pueblos disfruten de libertad y bienestar material.

Las Naciones Unidas siguen siendo un lugar especial para los pequeños Estados insulares en desarrollo. Afectados a menudo por desastres naturales y provocados por el hombre y por las dislocaciones económicas de la globalización, esperan de las Naciones Unidas protección y apoyo. Para Barbados, estas Naciones Unidas —aunque disten de

ser perfectas— siguen siendo nuestra mayor esperanza de paz, desarrollo y justicia social.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Primer Ministro y Ministro de Finanzas y Asuntos Económicos de Barbados por su declaración.

Su Excelencia el Honorable Owen Arthur, M. P., Primer Ministro y Ministro de Finanzas y Asuntos Económicos de Barbados, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso de Su Excelencia el Muy Honorable Manuel Esquivel, Primer Ministro de Belice

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora una declaración de Su Excelencia el Muy Honorable Manuel Esquivel, Primer Ministro de Belice.

Su Excelencia el Muy Honorable Manuel Esquivel, Primer Ministro de Belice, es acompañado a la tribuna.

Sr. Esquivel (*interpretación del inglés*): Hace 50 años, los dirigentes mundiales se reunieron en San Francisco para declarar su determinación de preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra. Las generaciones venideras, incluyendo la nuestra, han visto progresos continuos en la manera de abordar las cuestiones establecidas en ese párrafo inicial del Preámbulo de la Carta. Aplaudimos los éxitos, al mismo tiempo que debemos prometer corregir los fracasos.

Debemos reconocer que las preocupaciones de 1945 no son necesariamente las de la generación actual. Los 50 -signatarios originales de la Carta no podían haber previsto que 50 años más tarde esta Organización mundial estaría formada por Estados Miembros con poblaciones que oscilan entre los 1.000 millones de personas y 16.000 personas.

Es fácil comprender que la guerra y el arreglo pacífico de las controversias fueran la máxima prioridad en 1945. Sugiero que en 1995, la máxima prioridad no figura en el Preámbulo de la Carta, ni siquiera en el Artículo 1, sino en el Artículo 2, donde se afirma que esta

“Organización está basada en ... la igualdad soberana de todos sus Miembros.”

En 1945 probablemente los Miembros consideraron esa frase como evidente en sí misma. Hoy, cuando los grandes y poderosos se sientan lado a lado con los pequeños y

vulnerables, el principio de la igualdad soberana es algo difícil de digerir para algunos y un objetivo inalcanzable para otros.

Debemos confesar que la igualdad presenta a esta Organización una gran labor inacabada. Aunque las disposiciones de la Carta se refieren a los derechos iguales de las naciones grandes y pequeñas, es preocupante que durante esos 50 años esta Organización no haya erigido sistemáticamente edificios que consagren la igualdad. Demasiado a menudo esa palabra se utiliza de manera retórica. Como bien sabemos, existe una igualdad formal, que connota la no discriminación o un acceso liberalizado, y una igualdad sustantiva, que connota beneficios tangibles. Incluso en el sentido formal, la igualdad entre los Estados Miembros ha sido tratada en general como una aspiración distante. Incluso nuestras elaboradas resoluciones sobre los derechos humanos a menudo proporcionan cobijo a prácticas discriminatorias, incluso en las esferas que nos han preocupado más, como los derechos civiles y políticos.

En la esfera política, a pesar del éxito de esta Organización en destruir los bastiones del colonialismo, lamento que las brasas de la desigualdad formal ardan brillantemente en la composición del Consejo de Seguridad, el órgano más vital para la paz y la seguridad. Es hora de que reformemos la Carta para garantizar que todos escuchen la importante voz de los pequeños Estados miembros y de todas las regiones geográficas en las dos categorías de miembros del Consejo.

En la esfera social, la Organización acaba de comenzar a abordar de manera sistemática cuestiones tales como el empleo pleno, la integración social y la pobreza, a nivel nacional e internacional. Sin duda necesitamos reconocer que aquí la igualdad formal debe desempeñar un papel importante.

Hemos sido muy activos en consagrar una igualdad formal de las naciones en cuestiones comerciales y económicas. Sin embargo, cuando nos preguntamos por qué, debemos confesar que esta doctrina no busca tanto el beneficio de todas las naciones y pueblos, grandes y pequeños, sino que coincide con doctrinas económicas diseñadas para servir los intereses de las economías más grandes. Por ese motivo, debo expresar mi gran preocupación por la presión que se hace a las naciones más pequeñas para que se unan a la carrera hacia la nueva ortodoxia económica del libre comercio. Para que las economías pequeñas, principalmente agrícolas, puedan sobrevivir en un mundo de libre comercio, una base igualitaria no es el único requisito previo para una compe-

tencia justa. La metáfora deportiva más adecuada es la de una carrera de caballos, en la que los más fuertes y experimentados llevan una carga más pesada para ayudar a igualar los potenciales de los más débiles y menos experimentados.

Habida cuenta de lo que acabo de decir, es evidente que dista de lograrse el objetivo de la igualdad sustantiva de los individuos y grupos. Cincuenta años después de la fundación de la Organización, es posible que aún no exista un consenso claro de que todos los seres humanos, Estados y pueblos son creados verdaderamente iguales. De hecho, en algunos círculos tal postulado todavía podría considerarse una herejía. Después de todo, al acercarnos al siglo XXI, todavía no somos capaces de aceptar el postulado de que la pobreza es un problema mundial y que requiere soluciones mundiales. De hecho, muchos no están dispuestos a aceptar que los seres humanos y las naciones tienen derecho a progresar en sus trayectorias económicas, sociales, políticas y culturales, lo que posibilitará una igualdad auténtica.

Muchos sectores de la sociedad del primer mundo aún se encuentran a un nivel de evolución que no puede aceptar la obligación mínima de que esas sociedades transfieran efectivamente el 0,7% nominal del producto nacional bruto para la asistencia oficial para el desarrollo. De hecho, este año el mundo desarrollado ha asignado un mero 0,3% de su producto nacional bruto a la asistencia para el desarrollo, el nivel más bajo desde 1973. Los juristas todavía no aceptan que puede haber una obligación jurídica vinculante de prestar asistencia para el desarrollo o la cooperación económica para el mejoramiento del mundo. Muchas de las naciones más ricas del mundo todavía no reconocen la obligación moral de ayudar a los más pobres, y ni siquiera admiten que la continuación de su propia riqueza depende en última instancia del aumento del poder adquisitivo de los 4.500 millones de personas que viven en los países en desarrollo. No obstante, la mayoría de los sistemas religiosos y éticos que están representados en este Salón profesan credos que reconocen o requieren una conciencia social responsable. Comparto el temor del Secretario General, expresado en su documento titulado "Un programa de desarrollo" de que

"el desarrollo como causa común corre el peligro de ser eclipsado del centro de atención de nuestro temario." (A/48/935, párr. 5)

La igualdad es la gran tarea inconclusa, tanto de esta Organización, como de toda la humanidad. Nos corresponde, aquí y ahora, revitalizar el compromiso de preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra,

decidiéndonos a concluir rápidamente esta tarea incompleta. Al respecto, recordemos que la intención original de los autores de la Carta de las Naciones Unidas, que aun antes de la Carta de las Naciones Unidas ya estaba contenida o sugerida en la Carta del Atlántico y en otros documentos del período de guerra, era que el derecho a no tener temor y el derecho a no sufrir indignidad son universales, interdependientes e interrelacionados. Por lo tanto, tomemos la decisión de revitalizar y generalizar el lema de la reciente Conferencia Mundial sobre la Mujer: que haya igualdad, desarrollo y paz.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Primer Ministro de Belice por su declaración.

Su Excelencia el Muy Honorable Manuel Esquivel, Primer Ministro de Belice, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso de Su Alteza el Jeque Sultán Bin Zayed Al-Nahayan, Viceprimer Ministro y Enviado Especial del Jefe de Estado de los Emiratos Árabes Unidos

El Presidente (*interpretación del inglés*): Tiene la palabra Su Alteza el Jeque Sultán Bin Zayed Al-Nahayan, Viceprimer Ministro y Enviado Especial del Jefe de Estado de los Emiratos Árabes Unidos.

Su Alteza el Jeque Sultán Bin Zayed Al-Nahayan, Viceprimer Ministro y Enviado Especial del Jefe de Estado de los Emiratos Árabes Unidos, es acompañado a la tribuna.

El Jeque Al-Nahayan (*interpretación del árabe*): Es para mí un honor transmitir los saludos del Presidente de los Emiratos Árabes Unidos, Su Alteza el Jeque Zayed bin Sultán Al-Nahayan, y del Gobierno y el pueblo de los Emiratos Árabes Unidos en esta importante ocasión de la celebración del cincuentenario de la fundación de las Naciones Unidas. La fundación de las Naciones Unidas fue un importante hito histórico en la vida de las naciones y los pueblos debido al papel activo que desempeña la Organización en la afirmación del derecho a la libre determinación, el logro del desarrollo socioeconómico y el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

El Sr. Dehaene (Primer Ministro de Bélgica), Vicepresidente de la Asamblea General, ocupa la Presidencia.

Nuestra participación en estas celebraciones refleja claramente nuestra firme convicción respecto del importante papel histórico que desempeñan las Naciones Unidas en el

establecimiento de una nueva era en las relaciones internacionales y el fortalecimiento de la paz y la seguridad, en especial en la región árabe. Esa región ha sufrido en los últimos decenios debido a muchas guerras y conflictos que han consumido sus energías y recursos humanos y materiales. Los pueblos y países de esa región esperan que las Naciones Unidas desempeñen un papel más importante para abordar esos problemas originados por las guerras y los conflictos y hallarles una solución definitiva, a fin de que se hagan realidad sus esperanzas y aspiraciones de lograr la paz, la justicia, el desarrollo y la estabilidad.

En este sentido, la ocupación de nuestras tres islas por el Irán plantea una amenaza directa a la seguridad de la región en general y a la de los Emiratos Árabes Unidos en particular.

Esta importante ocasión, en la que todos los países deben renovar su compromiso para con los propósitos y principios de la Carta y las normas y disposiciones del derecho internacional, nos inspira para que reafirmemos nuestra voluntad política decidida de fortalecer el papel de la Organización y aumentar su eficacia y la de sus organismos especializados, a fin de lograr los objetivos para los que se creó, a saber, crear un mundo libre de la guerra, la represión, la injusticia y la pobreza. Afirmamos nuestra posición de principio contra el extremismo, el terrorismo, la proliferación de las armas de destrucción en masa y el tráfico ilícito de estupefacientes. Exhortamos a la liberalización del comercio internacional en interés de la cooperación mundial.

Abrigamos la esperanza de que estas celebraciones sean un paso hacia la evaluación de las lecciones del pasado y el preludio de un futuro brillante, en el que toda la humanidad disfrute de la seguridad, la estabilidad y el desarrollo.

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Doy las gracias al Viceprimer Ministro y Enviado Especial del Jefe de Estado de los Emiratos Árabes Unidos por su declaración.

Su Alteza el Jeque Sultán Bin Zayed Al-Nahayan, Viceprimer Ministro y Enviado Especial del Jefe de Estado de los Emiratos Árabes Unidos, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso de Su Alteza Real el Príncipe Sultán Bin Abdulaziz Al-Saud, Segundo Viceprimer Ministro,

Ministro de Defensa y Aviación e Inspector General de la Arabia Saudita

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Tiene la palabra Su Alteza Real el Príncipe Sultán Bin Abdulaziz Al-Saud, Segundo Viceprimer Ministro, Ministro de Defensa y Aviación e Inspector General de la Arabia Saudita.

Su Alteza Real el Príncipe Sultán Bin Abdulaziz Al-Saud, Segundo Viceprimer Ministro, Ministro de Defensa y Aviación e Inspector General de la Arabia Saudita, es acompañado a la tribuna.

El Príncipe Sultán Bin Abdulaziz Al-Saud (*interpretación del árabe*): Constituye para mí un placer felicitar, en nombre del Custodio de las Dos Mezquitas Sagradas, el Rey Fahd bin Abdulaziz, Rey del Reino de Arabia Saudita, al Presidente de la Asamblea General con motivo de su elección a la Presidencia del actual período de sesiones, que por coincidir con el cincuentenario de las Naciones Unidas reviste especial significación. Esa elección representa una expresión de reconocimiento hacia él y hacia su país. Deseo asimismo ponderar los esfuerzos del Secretario General al servicio de la paz.

Al viajar a Nueva York para participar de esta ocasión histórica, reflexioné acerca de recuerdos personales y experiencias de carácter general. Hace 50 años el extinto Rey Faisal, entonces Ministro de Relaciones Exteriores de mi país, acompañado por el Rey Fahd, emprendieron un viaje similar a los Estados Unidos con instrucciones del extinto Rey Abdulaziz Al-Saud, el fundador de la Arabia Saudita moderna, para participar en el establecimiento de esta Organización, surgida tras trágicos acontecimientos.

Mi país acababa de surgir de su propia experiencia al establecer los cimientos de la paz y la seguridad sobre la mayor parte de la península Arábiga. Después que el Rey Abdulaziz tuviera éxito al reunificar el Reino de conformidad con la noble shariah islámica, que insta a la justicia, la igualdad y la hermandad entre los pueblos, él participó en el establecimiento de una organización internacional que promueve los mismos principios a nivel universal.

El Reino de Arabia Saudita representa el corazón del mundo musulmán, de cuyo suelo emergió la fe islámica; una fe que ubica la paz al frente de sus principios virtuosos y rechaza la violencia y el terrorismo. Como resultado de ello, el Rey Fahd continúa desplegando todos sus esfuerzos

para permitir que el Reino dé cumplimiento a su misión para con la paz.

El Reino ha completado un ambicioso programa de desarrollo mediante contribuciones positivas para la creación de un mundo mejor. Un buen ejemplo de ello es la equilibrada política petrolera de mi país y su programa de ayuda exterior, que ha contribuido con un total de 70.600 millones de dólares durante los últimos dos decenios para beneficio de 72 naciones en desarrollo.

Mi país continúa creyendo en la importancia de trabajar por la consecución de los objetivos de esta Organización. Las resoluciones que el Consejo de Seguridad aprobó luego de la brutal agresión iraquí contra Kuwait tuvieron el efecto más positivo y renovaron la confianza en el importante papel de las Naciones Unidas al apoyar a los países cuya soberanía se ve amenazada. Kuwait pudo así restaurar su derecho a la existencia y a la soberanía.

Quiero señalar que el Reino atribuye gran importancia a la seguridad y a la integridad territorial del Iraq. Sin embargo, sostiene que el régimen iraquí es responsable de los sufrimientos que padece el pueblo iraquí y cree que la única manera de aliviar ese sufrimiento estriba en que el régimen iraquí dé pleno cumplimiento a todas las resoluciones del Consejo de Seguridad, incluida la liberación de todos los prisioneros de guerra.

Los esfuerzos internacionales en este sentido han tenido un impacto positivo en el avance del proceso de paz para el Oriente Medio, que fuera promovido en la Conferencia de Madrid. Aunque el proceso de paz no ha alcanzado todavía su objetivo final, siguen existiendo posibilidades de avanzar, en especial en lo que atañe a las vertientes siria y libanesa, siempre que se adhiera a los elementos básicos, esto es, las resoluciones 242 (1967), 338 (1973) y 425 (1978) del Consejo de Seguridad en cuanto a la retirada de Israel de los territorios árabes ocupados, y la resolución 252 (1968) del Consejo de Seguridad en relación con Jerusalén —al-Quds al-Sharif—, que ocupa un lugar especial en el corazón de todos los musulmanes. A fin de que la paz tan anhelada pueda basarse en la confianza, deben eliminarse de toda la región del Oriente Medio todas las armas de destrucción en masa.

La agresión serbia contra la República de Bosnia y Herzegovina debe ser enfrentada con firmeza. El agresor se ha negado a responder a todas las exhortaciones internacionales, en tanto se niega a los bosnios la posibilidad de adquirir los medios para defenderse. La respuesta internacional, bajo el liderazgo de los Estados Unidos y de la

Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN), fue la respuesta adecuada, no obstante su retraso.

Esta tragedia pone de relieve la importancia de que las Naciones Unidas no se transformen en una Organización estrictamente humanitaria, sino que debe asumir a la vez el papel que le es propio en garantizar la paz sobre la base de la justicia y la igualdad. Nuestra Organización no sólo debe ocuparse de atender los conflictos sino también de impedirlos. Las demoras en reaccionar frente a los acontecimientos hace que las Naciones Unidas despilfarran sus recursos en fracasos en lugar de lograr éxitos, del mismo modo que incide en un número mayor de muertes.

La capacidad que las Naciones Unidas han demostrado en los 50 años transcurridos y el papel constructivo que han desempeñado en la movilización de la cooperación internacional nos lleva a la determinación de respaldarlas en el cumplimiento de su misión, en especial hoy, en que se encuentran ante una encrucijada para resolver acerca de su futuro. Si la pauta para medir sus éxitos radica en la eficacia de su servicio para con la causa de la paz y la seguridad internacionales, es necesario destacar la importancia de acatar las disposiciones de la Carta y aplicar las resoluciones propias de la legalidad internacional. El Custodio de las Dos Mezquitas Sagradas abraza la esperanza de que nuestra celebración de hoy constituya un punto crítico en el desenvolvimiento de nuestra Organización, susceptible de permitirle alcanzar sus objetivos, de modo tal que todos los pueblos del mundo puedan disfrutar de la seguridad y alcanzar un progreso continuo.

Que Dios Todopoderoso nos ayude a lograr estos objetivos que anhelamos. Como el Todopoderoso lo revela en el Sagrado Corán:

“Ayudaos unos a otros en la benevolencia y la piedad, pero no os secundéis en el crimen y la hostilidad.”
(Sura 5, verso 2)

El Presidente interino (*interpretación del francés*):
Doy las gracias a Su Alteza Real el Príncipe Sultán Bin Abdulaziz Al-Saud, Segundo Viceprimer Ministro, Ministro de Defensa y Aviación e Inspector General de la Arabia Saudita, por su declaración.

Su Alteza Real el Príncipe Sultán Bin Abdulaziz Al-Saud, Segundo Viceprimer Ministro, Ministro de Defensa y Aviación e Inspector General de la Arabia Saudita, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso de Su Alteza el Jeque Abdulla bin Khalifa Al-Thani, Viceprimer Ministro y Ministro del Interior de Qatar

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Tiene la palabra Su Alteza el Jeque Abdulla bin Khalifa Al-Thani, Viceprimer Ministro y Ministro del Interior de Qatar.

Su Alteza el Jeque Abdulla bin Khalifa Al-Thani, Viceprimer Ministro y Ministro del Interior de Qatar, es acompañado a la tribuna.

El Jeque Abdulla bin Khalifa Al-Thani (*interpretación del árabe*): En primer lugar, deseo expresar nuestra alegría por participar de esta celebración importante, el cincuentenario de las Naciones Unidas. Esta Organización es la fuente de todas las esperanzas de un mundo estable de paz y bienestar para la humanidad. Qatar confía en que este aniversario nos brinde la oportunidad de nuevos puntos de partida para el establecimiento de un mundo nuevo capaz de consolidar la confianza de los pueblos en la civilización y que al mismo tiempo responda a sus expectativas en favor del desarrollo económico y social y de la dignidad humana.

Confiamos ardientemente asistir al nacimiento de unas nuevas Naciones Unidas que puedan hacer frente con firmeza y eficacia a los desafíos que plantean las guerras, los conflictos internos, la intolerancia étnica y otros obstáculos que conspiran contra el progreso de la humanidad. Ello no se logrará a menos que la Organización pueda hacer algo más que tomar medidas para encarar los conflictos después de que han estallado. Deben adoptarse medidas preventivas para evitar tales conflagraciones mediante el desarrollo económico y social de las sociedades y a través de la lucha contra la pobreza, las enfermedades y todos los demás factores del subdesarrollo.

Para que las Naciones Unidas puedan lograrlo debemos intensificar la eficacia de sus mecanismos, a saber, sus diversos consejos, órganos y organismos especializados, especialmente el Consejo de Seguridad y el Consejo Económico y Social. Se debe ampliar el número de miembros del Consejo de Seguridad, mejorar el sistema de toma de decisiones y reactivar el papel que desempeña la Organización en las esferas económica y social, superando las limitaciones de algunos organismos especializados. Se trata, en definitiva, de alcanzar los objetivos de las Naciones Unidas, que consisten en hacer reinar la justicia en el mundo y permitir que todos los pueblos garanticen a sus futuras generaciones el acceso a la paz, la seguridad y la prosperidad.

En cuanto atañe al establecimiento de la paz y la justicia en la región del Oriente Medio, evidentemente esta cuestión ha sido objeto de numerosos esfuerzos emprendidos por las Naciones Unidas desde su creación. Podemos apreciar en nuestros días que se están recogiendo algunos frutos como consecuencia de esfuerzos tan encomiables.

Abrigamos la esperanza de que el proceso de paz actual alcance el objetivo de lograr un arreglo justo, amplio y duradero del conflicto del Oriente Medio.

Al tiempo que aprecia en su justo valor la obra de las Naciones Unidas, el Estado de Qatar quisiera reafirmar su compromiso de apoyar a esta Organización internacional para que pueda alcanzar sus nobles objetivos y satisfacer las aspiraciones de la humanidad. Convencido de la misión de las Naciones Unidas y consciente del papel positivo que éstas desempeñan en el establecimiento de un mundo nuevo basado en los propósitos y principios de la Carta y el respeto de los mismos, en especial los relativos a la soberanía de los Estados, su integridad territorial y la no injerencia en sus asuntos internos, así como el arreglo pacífico de las controversias, el Estado de Qatar seguirá contribuyendo, en la medida de sus posibilidades, a apoyar las actividades de las Naciones Unidas para que éstas puedan lograr sus objetivos y hacer realidad las esperanzas que en ellas se han depositado.

En esta ocasión solemne, expresamos nuestra esperanza de ver surgir unas Naciones Unidas nuevas, capaces de traducir a hechos los objetivos para los que fueron creadas y de inspirar confianza en todos los pueblos del mundo, unas Naciones Unidas que contribuyan de manera efectiva a la construcción de un futuro basado en los dos pilares de la seguridad y el desarrollo.

En nombre del Emir, el Gobierno y el pueblo del Estado de Qatar, rendimos homenaje a las Naciones Unidas en su cincuentenario y hacemos un llamamiento a los representantes de la conciencia de los pueblos del mundo a que las apoyen, acaten sus decisiones y adhieran a sus principios de modo que puedan ser portavoz de todos los pueblos y expresar sus deseos de un futuro mejor.

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Doy las gracias al Viceprimer Ministro y Ministro del Interior de Qatar por su declaración.

Su Alteza el Jeque Abdulla bin Khalifa Al-Thani, Viceprimer Ministro y Ministro del Interior de Qatar, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso de Su Excelencia el Honorable Bethuel Pakalitha Mosisili, Viceprimer Ministro de Lesotho

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Doy ahora la palabra a Su Excelencia el Honorable Bethuel Pakalitha Mosisili, Viceprimer Ministro de Lesotho.

Su Excelencia el Honorable Bethuel Pakalitha Mosisili, Viceprimer Ministro de Lesotho, es acompañado a la tribuna.

Sr. Mosisili (*interpretación del inglés*): Estamos reunidos aquí para conmemorar el cincuentenario de las Naciones Unidas y reafirmar los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas y nuestro compromiso para con ellos, particularmente para con los principios de igualdad soberana de los Estados, integridad territorial y no injerencia en la jurisdicción interna de los Estados, solución pacífica de las controversias y abstención de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza en las relaciones internacionales.

El fin de la guerra fría suscitó esperanzas de un mundo mejor libre de guerra, derramamiento de sangre, hambruna y epidemia. Nosotros en Lesotho comprendemos las amargas consecuencias de la guerra y los conflictos similares. Por eso estamos comprometidos con la paz de manera indeclinable. Como lo dijo el fundador de nuestra nación, el Rey Moshoeshoe I:

“La paz es como la lluvia, que hace crecer la hierba,
Mientras que la guerra es como el viento, que la seca.”

Como la falta de lluvia es una amenaza constante para nuestra supervivencia como nación, consideramos que la lluvia está a la par con la paz. Eso explica esa metáfora de nuestro padre fundador. En consecuencia, exhortamos a todas las naciones a que renuncien a la guerra y eliminen todas las armas nucleares y otras armas de destrucción en masa.

Al celebrar esta ocasión histórica, no podemos sino regocijarnos con la proeza de las Naciones Unidas de reunir a las naciones del mundo. Empero, los conflictos internos e internacionales todavía no han terminado y, por consiguiente, debemos reflexionar acerca de sus causas. La mayoría de esos conflictos, si no todos, son el resultado de la privación socioeconómica, la intolerancia política y religiosa, la opresión, la “depuración étnica”, la ocupación extranjera, el genocidio, la xenofobia y la dominación colonial. Todos esos factores están reñidos con los propósitos y los principios de las Naciones Unidas, de ahí que nuestra determinación común debe ser trabajar en forma

mancomunada para construir un mundo en el que tales factores no existan.

En ese sentido Lesotho se enorgullece de su modesta contribución a uno de los ideales de las Naciones Unidas, a saber, la tolerancia entre los pueblos. Durante los días sombríos del *apartheid* compartimos nuestros modestos recursos con los refugiados de la Sudáfrica vecina, sin hacerles sentir que eran forasteros. Rendimos homenaje a las Naciones Unidas, no sólo por el papel que desempeñaron para acelerar el fin del *apartheid*, sino también por la asistencia material que prestaron a los refugiados. Seguimos muy comprometidos con el programa de las Naciones Unidas en la esfera de los derechos humanos. Al avanzar decididamente en la construcción de un gobierno democrático, Lesotho ha adherido a los instrumentos que salvaguardan las libertades y los derechos humanos fundamentales, tales como la Convención sobre los Derechos del Niño y la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer.

Los tres pilares del programa de las Naciones Unidas para los próximos 50 años son la paz, los derechos humanos y el mejoramiento de las condiciones económicas y sociales de la humanidad. Debe aumentarse especialmente la capacidad de la Organización de satisfacer nuestras aspiraciones en esos ámbitos y debe acelerarse su reforma institucional.

A nuestro juicio, tal reforma es clave en las tres esferas a las que me he referido. Debe ampliarse el Consejo de Seguridad de manera que refleje la realidad política actual de que los países del Sur constituyen una mayoría preponderante en las Naciones Unidas. El proceso de toma de decisiones del Consejo, que ha sido monopolizado por un puñado de Estados Miembros durante medio siglo, ya no está en consonancia con la orientación democrática que hoy en día se observa a nivel nacional e internacional.

Deben reestructurarse, asimismo, los órganos que se ocupan de las cuestiones sociales, ambientales y económicas, especialmente el Consejo Económico y Social, para que puedan ser mejores exponentes del compromiso de la Organización de hacer frente a los retos que encaran los miembros menos privilegiados de nuestra comunidad internacional. Por último, debe dotarse mejor a la Secretaría para que responda con más eficacia a la miríada de problemas que requieren la atención del Secretario General. A ese respecto, encabeza la lista de necesidades proporcionar a la Secretaría los recursos financieros y humanos adecuados.

Debemos enorgullecernos de que hasta la fecha, a través de la acción colectiva, hemos podido evitar una calamidad como la segunda guerra mundial que aparentemente no volverá a ocurrir. Sin embargo, el futuro económico, social y ambiental de la mayoría de la humanidad todavía es poco prometedor. Dedicuémonos, pues, nuevamente a hacer que las Naciones Unidas sean la encarnación de las esperanzas y aspiraciones de la humanidad de un mundo mejor para todos.

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Doy las gracias al Viceprimer Ministro de Lesotho por su declaración.

Su Excelencia el Honorable Bethuel Pakalitha Mosisili, Viceprimer Ministro de Lesotho, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Omar Mustafá Muntasser, Secretario del Comité Popular General de Enlace con el Exterior y de Cooperación Internacional de la Jamahiriya Árabe Libia

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Doy ahora la palabra al Excelentísimo Sr. Omar Mustafá Muntasser, Secretario del Comité Popular General de Enlace con el Exterior y de Cooperación Internacional de la Jamahiriya Árabe Libia.

El Excelentísimo Sr. Omar Mustafá Muntasser, Secretario del Comité Popular General de Enlace con el Exterior y de Cooperación Internacional de la Jamahiriya Árabe Libia, es acompañado a la tribuna.

Sr. Muntasser (*interpretación del árabe*): Desde su fundación, hace 50 años, las Naciones Unidas han procurado fortalecer los procedimientos que garantizan la seguridad de los pueblos, aseguran la obtención de sus derechos y promueven la aceleración de su desarrollo y adelanto. Pero el éxito de la Organización en el logro de esos objetivos ha sido modesto.

Incluso en la era posterior a la guerra fría, que tantas esperanzas despertó, los acontecimientos en el escenario internacional demostraron que esas esperanzas eran demasiado optimistas. No se enfrentaron de forma radical los factores que impedían el progreso económico en muchos países del mundo. Las tasas de desempleo han seguido subiendo. La desintegración social ha aumentado, lo mismo que el desarrollo vertical de armas nucleares, y han estallado guerras civiles y conflictos regionales en la mayoría

de las regiones, como si la Tierra hubiera explotado de repente.

El fracaso de las Naciones Unidas no se debe a una deficiencia de la Carta, sino a la ausencia de voluntad política en algunas de las grandes Potencias que quieren que la Organización o bien sea impotente o incapaz de cumplir sus tareas al negarle los fondos que necesita, o bien se rinda a las presiones de esas Potencias y ejecute sus designios. Lamentablemente, esos pocos Estados han logrado alcanzar sus objetivos. La Asamblea General, que debería ser la más alta autoridad del sistema de las Naciones Unidas, se ha visto marginada de tal forma que se ha convertido en una especie de muro de las lamentaciones donde los países pequeños y pobres derraman lágrimas e intercambian preocupaciones, mientras nadie les escucha ni a nadie le importa. La mayoría de las Potencias se ha concentrado en el Consejo de Seguridad, que se ha convertido en una especie de club exclusivo cuyas actividades están regidas por intereses egoístas y donde el doble rasero está a la orden del día. En sus acciones, el Consejo ya no se rige por el imperio del derecho, sino que se ha convertido en un órgano regido por el derecho consuetudinario. Esto ha permitido a unos pocos de sus miembros imponer sus políticas, hacer aprobar sus planes y utilizar el Consejo como instrumento para imponer sanciones a los países, sobre todo los pequeños, en un intento por subyugarlos. Lo que es aún peor, el Consejo de Seguridad, al que se confió la responsabilidad del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, se ha convertido en instrumento de agresión.

Esta situación es insostenible y no se puede coexistir con ella. Por ello es necesario evaluar las acciones de la Organización y tratar de mejorar su papel promoviendo el desarrollo, corrigiendo el desequilibrio en la economía mundial, con sus numerosas barreras y medidas coercitivas, y garantizando la solución de las controversias entre los Estados por medios pacíficos y no mediante la imposición de sanciones injustas. Hay que fortalecer la capacidad de las Naciones Unidas en las esferas de la lucha contra la desertificación, la remoción de minas y el freno al deterioro del medio ambiente, resolviendo los muchos problemas a que se enfrenta el mundo tales como la pobreza, el hambre, las drogas y el crimen organizado, así como las enfermedades epidémicas y endémicas.

La Organización debe intensificar sus esfuerzos para erradicar el fenómeno del terrorismo internacional en todas sus formas. Libia ha luchado y sigue luchando contra el terrorismo y ha pedido la convocación de un período de sesiones extraordinario de la Asamblea General para el

estudio del fenómeno del terrorismo, en particular el terrorismo de Estado. Por eso es injusto acusar a mi país de terrorismo, como hizo ayer el Presidente de los Estados Unidos. El hecho es que el terrorismo es, en esencia, un fenómeno norteamericano. Los Estados Unidos lo han usado habitualmente contra la mayoría de los pueblos pequeños, entre ellos Libia, que ha sido objeto de varias conspiraciones norteamericanas para derrocar a su régimen revolucionario. Cuando no lo consiguieron, los Estados Unidos impusieron sanciones coercitivas a Libia y la hicieron objeto de muchas provocaciones de sus flotas del Mediterráneo. El terrorismo norteamericano llegó al colmo cuando cientos de aviones de combate norteamericanos, al amparo de la obscuridad, bombardearon ciudades libias, derribaron casas y dejaron detrás decenas de bajas civiles inocentes, entre ellos mujeres y niños. Finalmente los Estados Unidos utilizaron al Consejo de Seguridad para imponer sanciones injustas contra Libia, bajo el pretexto de una controversia jurídica, ya tratada en la Convención de Montreal de 1991 para la represión de actos ilícitos contra la seguridad de la aviación civil. Esas sanciones produjeron miles de muertos y heridos de nacionales libios debido al uso intensivo de las carreteras. Además, las pérdidas económicas sobrepasaron decenas de miles de millones de dólares.

Por esas y otras razones, es esencial reformar las Naciones Unidas para que cumplan con su tarea de acuerdo con los deseos de todos sus Estados Miembros en lugar de ser una espada desenvainada contra esos Estados, especialmente los pequeños. Esto requiere la independencia de la Organización al preparar sus programas y al aprobar sus resoluciones. En este contexto, hay que reforzar el papel de la Asamblea General en la esfera del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, sobre todo cuando la posición del Consejo de Seguridad perjudica a la paz internacional. Hay que ampliar los poderes de esta Asamblea General para que abarquen el seguimiento y vigilancia de otros órganos, especialmente el Consejo de Seguridad, que debe rendir cuentas. La Asamblea General debe examinar las resoluciones del Consejo para ver si están de acuerdo con la Carta y los objetivos y propósitos de las Naciones Unidas. Se debe ampliar la composición del Consejo de Seguridad para que refleje una distribución geográfica equitativa, y mejorar sus métodos de trabajo para garantizar que no se aplique un doble rasero en las cuestiones internacionales. También debe ampliarse la participación en los procesos de toma de decisión del Consejo. Por tanto, hay que poner fin a la tendencia del Consejo a plegarse a los deseos de ciertos Miembros en su interpretación de la Carta, en particular el Artículo 39. El Consejo debe trabajar de acuerdo con los deseos de todos los Estados Miembros. Ya ha llegado la hora de eliminar el

poder de veto, porque no es congruente con el principio de igualdad soberana y ha sido utilizado para evitar la condena de actos de agresión y el castigo del agresor. El poder de veto se ha usado varias veces contra el derecho a la libre determinación de pueblos que todavía languidecen bajo el yugo del colonialismo. Sobre todo, ya no se puede aceptar que gocen de ese privilegio Estados que todavía colonizan a otros países y tratan de perpetuar su hegemonía sobre el destino del mundo y su monopolio del poder en la toma de decisiones internacionales.

Este es nuestro criterio sobre la marcha de las Naciones Unidas, nuestra evaluación de su papel y nuestra visión de lo que deberían ser a fin de cumplir con su tarea. Esperamos que esta ocasión sea un punto de partida para unas Naciones Unidas libres, revitalizadas y dedicadas al servicio de todos los pueblos y no sólo de unos pocos Estados que quieren usar a la Organización para sus fines particulares. Esos pocos Estados deben comprender que las Naciones Unidas no han sido liberadas de las cadenas de la guerra fría para ser encadenadas por los grillos de las principales Potencias. Si esos Estados insisten en desviar a las Naciones Unidas del cumplimiento de sus objetivos y explotarlas para imponer su dominio a los países pequeños y pobres, no deben olvidar que son los pequeños países los que han contribuido al incremento del número de Miembros de las Naciones Unidas y al logro de su universalidad. Esos países pequeños son bien capaces de establecer su propia organización lejos del dominio y la hegemonía de unas pocas Potencias importantes.

(continúa en inglés)

Como motivo de reflexión, cito lo que se dice en *Macbeth*:

“El mañana y el mañana y el mañana,
Avanzan en pequeños pasos día a día
Hasta la última sílaba del tiempo recordable;
Y todos nuestros ayeres han alumbrado a los locos
El camino hacia el polvo de la muerte.”

(continúa en árabe)

Les he transmitido el mensaje a todos.

El Presidente interino *(interpretación del francés)*:
Doy las gracias al Secretario del Comité Popular General de Enlace con el Exterior y de Cooperación Internacional de la Jamahiriya Árabe Libia por su declaración.

El Excelentísimo Sr. Omar Mustafa Muntasser, Secretario del Comité Popular General de Enlace con el Exterior y de Cooperación Internacional de la Jamahiriya Árabe Libia, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Destin Arsène Tsaty-Boungou, Ministro de Relaciones Exteriores, Cooperación y Relaciones con los Países de Habla Francesa del Congo

El Presidente interino (*interpretación del francés*): Doy ahora la palabra al Excelentísimo Sr. Destin Arsène Tsaty-Boungou, Ministro de Relaciones Exteriores, Cooperación y Relaciones con los Países de Habla Francesa del Congo.

El Excelentísimo Sr. Destin Arsène Tsaty-Boungou, Ministro de Relaciones Exteriores, Cooperación y Relaciones con los Países de Habla Francesa del Congo, es acompañado a la tribuna.

Sr. Tsaty-Boungou (*interpretación del francés*): En esta ocasión en que celebramos el cincuentenario de las Naciones Unidas, quiero sumar la voz del Congo al homenaje unánime que hemos rendido aquí a los ilustres fundadores así como a la importante obra realizada por las Naciones Unidas en la esfera de la descolonización, la promoción de los derechos humanos y la codificación del derecho internacional.

Se celebra este cincuentenario en momentos en que se ha dado vuelta a una página negra de la historia de la humanidad, caracterizada por la guerra fría. Sin embargo, el mundo sigue enfrentándose a muchos desafíos. En efecto, la voluntad general de uniformar la sociedad internacional a nivel político e institucional, por una parte, y a nivel económico y social, por otra, ha generado un desequilibrio tan dramático como el que conocimos con la bipolarización del mundo.

Al enfrentamiento entre el Este y el Oeste siguió otra "guerra fría", más pernicioso para los pueblos del Sur, y los de África en particular, que día a día fueron presa del hambre, la ignorancia y las enfermedades.

Pese a ello, este cincuentenario podría haber sido una ocasión para encomiar los progresos que África ha logrado 50 años después gracias a la solidaridad de la comunidad internacional. Podría haber sido también una ocasión para regocijarse por el hecho de que los países que hace 50 años eran pobres y dominados, en particular los del continente

africano, figuran hoy entre las naciones prósperas de nuestro mundo, en especial porque los innumerables recursos que poseen los predisponen a ello.

Lamentablemente, en este cincuentenario resulta forzoso constatar que las naciones que hace 50 años eran poderosas son hoy, gracias a su dominio de la ciencia y la tecnología, aún más poderosas. Las esperanzas de los pueblos africanos, que como los otros pueblos del mundo contribuyeron a la liberación de la humanidad durante los dos grandes enfrentamientos mundiales armados que precedieron al nacimiento de las Naciones Unidas, no se han visto satisfechas a través de lo que podría haber sido una muestra de solidaridad de la comunidad internacional.

Hoy, la finalización de la guerra ideológica ofrece perspectivas de desarrollo a África, gracias a que nuestros países han accedido a la democratización de sus instituciones. Sin embargo, para muchos países de África el final del régimen monopartidista que durante decenios ocasionó tantas desgracias y tropiezos que han enlutado y desgarrado a su población no ha creado las condiciones para una vida pacífica y próspera; en realidad, dista mucho de haberlo logrado. Los resentimientos políticos acumulados y reprimidos durante mucho tiempo han adquirido la forma de guerras civiles, incluso de guerras étnicas, que ponen en peligro las posibilidades de crear condiciones propicias para la inversión y el desarrollo.

El Presidente vuelve a ocupar la Presidencia.

Las Naciones Unidas y la comunidad internacional en su conjunto no pueden permanecer indiferentes ante esta aspiración de nuestros pueblos de acceder a una mayor libertad, a una mayor justicia, a un mayor bienestar social y también, sobre todo, al poder más pertinente y poderoso de la humanidad, es decir, el conocimiento.

África podrá entonces asistir a la cita de la historia de las naciones y convencerse de que los principios de solidaridad, igualdad y justicia, proclamados en esta elevada tribuna como virtudes sagradas y cardinales para la existencia y la prosperidad de la humanidad, siguen constituyendo el verdadero fermento de la cooperación entre el Norte y el Sur.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Ministro de Relaciones Exteriores, Cooperación y Relaciones con los Países de Habla Francesa del Congo por su declaración.

El Excelentísimo Sr. Destin Arsène Tsaty-Boungou, Ministro de Relaciones Exteriores, Cooperación y Relaciones con los Países de Habla Francesa del Congo, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso de Su Excelencia el Jefe Tom Ikimi, Ministro de Relaciones Exteriores de Nigeria

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy ahora la palabra a Su Excelencia el Jefe Tom Ikimi, Ministro de Relaciones Exteriores de Nigeria.

Su Excelencia el Jefe Tom Ikimi, Ministro de Relaciones Exteriores de Nigeria, es acompañado a la tribuna.

El Jefe Ikimi (*interpretación del inglés*): Señor Presidente: En nombre de mi Jefe de Estado, el General Sani Abacha, y del Gobierno y el pueblo de Nigeria le hago llegar nuestros cálidos saludos en momentos en que celebramos en esta Reunión Conmemorativa Extraordinaria el punto culminante del cincuentenario de la creación de las Naciones Unidas.

En opinión de mi Gobierno, es legítimo y atinado que vayamos más allá de la euforia de la ocasión y examinemos seriamente los propósitos y principios que dieron forma a la creación de nuestra Organización. Es importante que al hacerlo tengamos el valor de admitir nuestros fracasos y de tomar nota de nuestros éxitos.

Hace 35 años, Nigeria fue admitida como 99º Miembro de esta Organización. En esa ocasión, nuestro primer Primer Ministro, Alhaji Sir Abubakar Tafawa Balewa, detalló los principios de la política exterior de nuestra nación y puso de relieve nuestro compromiso con las Naciones Unidas. Entre otras cosas dijo:

“En primer lugar, Nigeria desea ... mantener relaciones amistosas con todas las naciones y participar activamente en la labor de las Naciones Unidas. En segundo lugar, Nigeria, país extenso y con una [gran] población ..., no tiene el menor deseo de expansión territorial. En tercer lugar, nunca olvidaremos a nuestros viejos amigos y nos preciamos de haber sido admitidos como miembros del Commonwealth ... Sin embargo, no tenemos intención de aliarnos por inercia a ninguno de los bloques de Potencias. Nos hemos comprometido a mantener los principios en que descansan las Naciones Unidas. En cuarto lugar, Nigeria espera colaborar con otros Estados africanos en el desarrollo de África y ayudar a todos los territorios

africanos a llegar a un estado de independencia responsable.” (*Documentos Oficiales de la Asamblea General, decimoquinto período de sesiones, Sesiones Plenarias, 893ª sesión, párr. 173*)

Hoy estoy ante la Reunión Conmemorativa Extraordinaria de la Asamblea General con ocasión del cincuentenario de las Naciones Unidas para reafirmar esos principios de nuestra política exterior y el compromiso de Nigeria con los propósitos y principios consagrados en la Carta. De conformidad con la Carta de la Organización, todos los Estados Miembros tienen el deber de respetar los derechos de todas las naciones, grandes o pequeñas, y de abstenerse de la amenaza o el uso de la fuerza y de ejercer una presión capaz de subvertir la soberanía e independencia de otros Estados.

Las Naciones Unidas han afrontado el tema de la guerra y de la paz desde un comienzo. De hecho, los padres fundadores del órgano mundial expresaron su determinación de

“preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que ... ha infligido a la humanidad sufrimientos indecibles.” (*Carta de las Naciones Unidas, Preámbulo*)

Lamentablemente, estas guerras están proliferando, en especial en los países en desarrollo, y han ocasionado pérdidas humanas y materiales insensatas, destrucción y dislocación de las estructuras sociales, oleadas de refugiados y desplazamiento de poblaciones.

Las operaciones de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz han sido un instrumento importante para la preservación de la paz y la seguridad internacionales. Estas operaciones requieren ingentes recursos financieros, humanos y materiales. Nigeria ha efectuado importantes contribuciones a los esfuerzos internacionales en pro del mantenimiento de la paz. Consideramos que en términos generales las operaciones de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz han tenido éxito en la tarea de mitigar los sufrimientos, detener el hambre y la inanición y ayudar a solucionar conflictos. No obstante, las causas subyacentes de muchos conflictos son fundamentalmente sociales y económicas. Por consiguiente, las Naciones Unidas deben establecer un equilibrio entre los recursos que dedican a las operaciones de mantenimiento de la paz y los que dedican al desarrollo económico.

El desarrollo forma parte de la condición humana, y para muchos países se trata en verdad de una cuestión de supervivencia. Por ello, "Un programa de desarrollo" debe constituir un complemento adecuado de "Un programa de paz". Al abordar las cuestiones relativas al desarrollo debe existir un sentido renovado de cooperación y asociación entre los países desarrollados y los países en desarrollo. Los beneficios derivados del crecimiento que se ha producido recientemente en la economía mundial deberían ser distribuidos también de una manera más equitativa entre todos los países. Los países del Sur no deberían permanecer atrapados en la pobreza y el subdesarrollo ni constreñidos por los precios bajos de los productos básicos, las prácticas comerciales desfavorables, la disminución de la afluencia de recursos, las restricciones en la transferencia de tecnología, los sistemas monetarios y financieros mundiales impredecibles y la carga de la deuda externa.

En África reconocemos que nuestro destino socioeconómico está en nuestras manos. Pese a ello la situación económica peculiar e insatisfactoria del continente debe ser abordada como una responsabilidad compartida. Por consiguiente, la comunidad internacional debe cumplir urgentemente su compromiso con África y debe aplicar plenamente el nuevo Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo de África en el decenio de 1990.

En Nigeria agradecemos el interés que la comunidad internacional ha demostrado en la evolución de nuestras experiencias políticas y económicas, pero queremos recordar que el destino de Nigeria debe seguir estando en manos del pueblo de nuestro país. En ese sentido, mi Gobierno ha adoptado importantes medidas para reestructurar y revitalizar la economía de nuestro país a través de la desregulación y la creación de incentivos para la inversión.

Nuestro programa de transición al régimen democrático busca ampliar la base del gobierno y asegurar la participación de todos los sectores del país. Partimos de la premisa de que nuestra soberanía es inviolable y nuestra nación indivisible. En nuestra opinión, la democracia sostenible sólo puede lograrse si se funda en las condiciones socioeconómicas de los pueblos o deriva de su experiencia política.

Para concluir, permítaseme observar que, de la descolonización a las operaciones de paz, de la promoción de la paz y la seguridad al desarrollo, el ordenamiento ambiental y el fomento de los derechos humanos, el historial de la Organización es impresionante. También han habido fracasos desconcertantes, por lo cual creemos que es urgentemente necesaria la reforma de la Organización, y la demo-

cratización de sus órganos principales, en particular el Consejo de Seguridad e instituciones conexas, para asegurar la representatividad, la distribución geográfica equitativa, la transparencia y la eficacia.

Al respecto, Nigeria reafirma la posición de la Organización de la Unidad Africana de que nuestro continente debería tener dos miembros permanentes en un Consejo de Seguridad ampliado y reformado.

Por último, las Naciones Unidas deben redefinir su capacidad y su función, a la vez que reorientarse, de la gestión de crisis a la búsqueda del desarrollo y el imperio del derecho internacional. En esa tarea, la comunidad internacional podrá contar siempre con la contribución y el apoyo de Nigeria.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Ministro de Relaciones Exteriores de Nigeria por su declaración.

Su Excelencia el Jefe Tom Ikimi, Ministro de Relaciones Exteriores de Nigeria, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso de Su Excelencia el Honorable Ben Micah, Enviado Especial del Primer Ministro de Papua Nueva Guinea

El Presidente (*interpretación del inglés*): Tiene la palabra el Honorable Ben Micah, Enviado Especial del Primer Ministro de Papua Nueva Guinea.

Su Excelencia el Honorable Ben Micah, Enviado Especial del Primer Ministro de Papua Nueva Guinea, es acompañado a la tribuna.

Sr. Micah (*interpretación del inglés*): Es un honor y un placer dirigirme a esta Reunión Conmemorativa Extraordinaria de la Asamblea General en la que se conmemora el cincuentenario de las Naciones Unidas en nombre del pueblo y el Gobierno de Papua Nueva Guinea.

En primer lugar, Señor Presidente, permítame felicitarlo cálidamente por su elección a la Presidencia de la Asamblea General en este quincuagésimo período de sesiones histórico.

Surgida de los escombros de la segunda guerra mundial y de la devastación del holocausto nuclear, los fundadores de las Naciones Unidas concibieron esta Organización singular y multilateral como una destinada a fomentar la

armonía internacional y el desarrollo, y a garantizar la paz y la seguridad mundiales. Mucho se ha logrado en este primer medio siglo de labor de las Naciones Unidas, aunque mucho queda todavía por hacer. Las Naciones Unidas siguen siendo sin duda la única entidad mundial capaz de crear un consenso internacional que inspire confianza y facilite la cooperación internacional para el desarrollo. Papua Nueva Guinea celebra los logros de esta Organización y seguirá apoyando su causa y sus nobles objetivos.

El fin de la guerra fría ofrece a la comunidad internacional la rara oportunidad de encauzar sus energías y recursos hacia el desarrollo, para atender las necesidades básicas de nuestros pueblos y garantizar una paz y una estabilidad duraderas.

Hemos logrado consensos sobre muchas cuestiones a nivel internacional, centrándonos en temas sociales y económicos, con lo que hemos fomentado la confianza entre los Estados. Sin embargo, la plena realización de los programas de acción no ha cristalizado aún. Eso requerirá dedicación, solidaridad y, sobre todo, voluntad política y valor moral para asignar los recursos necesarios que permitan la aplicación efectiva de los programas aprobados.

Las fuerzas de la globalización económica han modificado el paisaje geopolítico, creando nuevas oportunidades y desafíos. Aunque la integración económica mundial tiene sus aspectos positivos, no promueve un desarrollo homogéneo. Las debilidades del sistema monetario internacional y las prácticas comerciales desiguales menoscaban considerablemente el crecimiento económico de los países en desarrollo, agravan las dificultades que les plantea la competitividad y obstaculizan el acceso a los mercados de los países industrializados. Los intentos de establecer mecanismos adecuados para ayudar a los países en desarrollo deben ser paralelos a la creación de empleos, el mejoramiento del ingreso familiar y el progreso social.

Los problemas del medio ambiente se están sumando a una amplia lista de preocupaciones internacionales. En el contexto de un mundo interdependiente, tenemos la responsabilidad colectiva de inspirarnos en las convenciones internacionales y de administrar y desarrollar los recursos para lograr la sostenibilidad a largo plazo.

Mediante una efectiva cooperación internacional y regional, podremos cumplir nuestras obligaciones como custodios de los recursos biológicos, aplicando políticas y estrategias que faciliten el desarrollo sostenible.

En esta coyuntura crucial de la historia de la humanidad, nos vemos acuciados por imperativos sociales y económicos, caracterizados por una creciente pobreza y marginación de los desposeídos y los débiles, y debemos optar por un rumbo que faculte a los ciudadanos del mundo para desarrollar su pleno potencial, a fin de que puedan procurarse sus necesidades básicas y mejorar sus condiciones de vida.

La asignación de recursos a nivel nacional e internacional debe orientarse a los programas de desarrollo que dan prioridad al desenvolvimiento de las capacidades humanas y debe eliminar los obstáculos institucionales e infraestructurales para facilitar el crecimiento económico y el desarrollo sostenible.

En el actual entorno internacional, mi país deplora gravemente las medidas de algunos Estados nucleares de seguir realizando ensayos, contraviniendo el espíritu y los objetivos del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP), recientemente prorrogado.

El Pacífico meridional es una de las fuentes de recursos biológicos más singulares con que cuenta la humanidad. La perpetuación de los ensayos nucleares en esta región ambientalmente sensible y vulnerable, no sólo amenaza directamente nuestro patrimonio común, sino que amenaza también la supervivencia de los pueblos isleños del Pacífico. Las medidas adoptadas por esos países son un paso atrás que socava directamente la confianza en el régimen de no proliferación nuclear y, por tanto, amenazan la paz y la seguridad internacionales.

Apoyamos las propuestas de reformar a las Naciones Unidas para hacerlas más eficientes, más eficaces y capaces de atender las exigencias diversas de un entorno internacional en vertiginoso cambio. Por lo tanto, estamos de acuerdo en que el destino de las Naciones Unidas está en manos de sus Miembros.

No obstante, ese proceso de reforma no debe estar signado por los dictados de los poderosos. El consenso en torno a las metas y objetivos de la reforma de las Naciones Unidas debe reflejar las necesidades y aspiraciones de todos los Estados Miembros, especialmente, las necesidades particulares de los países en desarrollo.

Las Naciones Unidas tienen un papel primordial que desempeñar en la conformación de las visiones positivas que han de orientar las relaciones internacionales. Debemos defender los valores de la democracia, la interdependencia,

la tolerancia y el respeto a la diversidad en interés de todos los Estados Miembros.

En ese sentido, Papua Nueva Guinea apoya los esfuerzos del Secretario General encaminados a definir un nuevo paradigma de desarrollo que ponga el acento en desarrollar el potencial de los pueblos y se centre en la persona humana, logrando a la vez satisfacer las necesidades básicas de pueblos y comunidades. Ese concepto de desarrollo puede efectivamente procurarse en un contexto de gobierno global basado en los principios de la equidad y la justicia.

Las Naciones Unidas deben robustecerse para seguir defendiendo los derechos de los menos privilegiados y desposeídos, y fomentar los valores universales de respeto a la diversidad y de búsqueda de la paz y la seguridad internacionales.

Para concluir, en nombre de mi Primer Ministro, el Muy Honorable Sir Julius Chan, y del pueblo de Papua Nueva Guinea, reafirmo nuestro compromiso permanente y nuestro apoyo a la labor de las Naciones Unidas, y aseguro a esta Asamblea que haremos todo lo que esté a nuestro alcance por defender los principios y objetivos de la Carta, con la ayuda de Dios.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Enviado Especial del Primer Ministro de Papua Nueva Guinea por su declaración.

Su Excelencia el Honorable Ben Micah, M. P., Enviado Especial del Primer Ministro de Papua Nueva Guinea, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Roble Olhaye, Jefe de la Delegación de Djibouti

El Presidente (*interpretación del inglés*): Tiene la palabra el Sr. Roble Olhaye, Jefe de la Delegación de Djibouti.

El Excelentísimo Sr. Roble Olhaye, Jefe de la Delegación de Djibouti, es acompañado a la tribuna.

Sr. Olhaye (*interpretación del inglés*): Su Excelencia el Presidente Hassan Gouled Aptidon, en nombre del pueblo de Djibouti, se complace en transmitir su cálido saludo a los Jefes de Estado y de Gobierno, y a todos los aquí reunidos para celebrar este importante evento, el cincuentenario de nuestra Organización. También corresponde un reconocimiento a los incansables empeños de nuestro Secretario General y a la Secretaría de las Naciones Unidas,

cuya gestión en este aniversario ha sido ejemplar. Asimismo es menester agradecer al Embajador Butler, de Australia, y a su Comité por su diligencia en la preparación de este significativo evento.

Los últimos 50 años han sido de suma importancia para la humanidad. Durante ese período las Naciones Unidas lograron mantener un nivel significativo de cooperación internacional. Se trata de un logro que cabe reconocer y agradecer. Es cierto que las Naciones Unidas y su predecesora, la Sociedad de Naciones, fueron erigidas por los vencedores después de guerras mundiales, esencialmente para prevenir una repetición de catástrofes similares. Pero en su fundación en San Francisco en 1945, las Naciones Unidas eran consideradas más bien un instrumento de seguridad colectiva. Debían encarnar las esperanzas y aspiraciones colectivas de la humanidad y servir como foro de último recurso de los Estados en un período incierto de la posguerra. El principio del período de posguerra asistió también a la necesidad de proteger no simplemente a los Estados-naciones, sino también los derechos de los individuos como tales, consagrados en la histórica Declaración Universal de Derecho Humanos en 1948.

El fin de la guerra fría, con su control rígido sobre el cambio político dentro y entre los Estados, dio lugar a un período de considerables conflictos étnicos y políticos internos. Designadas casi por omisión para solucionar estas cuestiones, las Naciones Unidas vieron su papel tradicional de mantenimiento de la paz utilizado al máximo, aunque la Organización carece de la capacidad, experiencia o recursos para hacer frente a este nuevo fenómeno. Los mandatos de mantenimiento de la paz han sido con frecuencia demasiado débiles, inarticulados o deliberadamente confusos, incluso cuando la relativamente mundana actividad de mantenimiento de la paz se convirtió en un instrumento clave del sistema de las Naciones Unidas.

Pero la persistencia de los conflictos, particularmente en Bosnia y Somalia, ha socavado la voluntad política de las Naciones Unidas de mantener su rumbo. Sin duda, las atrocidades y el caos infligido a todo un segmento de la población en Rwanda siempre afligirán la memoria de las Naciones Unidas. Irónicamente, hemos retornado a esa actitud en alguna medida indecisa, casi ineficaz, de la era de la guerra fría, una situación que es motivo de preocupación para muchos que acuden a la promesa de seguridad colectiva de la Carta de las Naciones Unidas para su supervivencia. ¿Acaso el futuro de la humanidad verá más Bosnias y Somalias, algunos de los conflictos más peligrosos sin resolver, donde las Naciones

Unidas no desarmó a los beligerantes ni protegió a los civiles inocentes debido a la falta de un mandato apropiado y recursos adecuados y, por supuesto, por la carencia de voluntad política por parte de la comunidad internacional?

Nosotros, en el Cuerno de África, afectados por desastres naturales y el efecto residual de la guerra fría, por fin avizoramos una recuperación. Pero la tragedia de Somalia simplemente no puede abandonarse. No puede esperarse que se esfume ni que muera lentamente; con ello, toda la región sufre. Es increíble que un Miembro de esta Organización desde 1960, se encuentre hoy triste y conspicuamente ausente. Reflexionemos acerca de esta anomalía mientras continuamos conmemorando este quincuagésimo aniversario.

Nuestro mundo está avanzando, evolucionando en forma difícilmente previsible 50 años atrás. Los imperios coloniales han sido desmantelados, la guerra fría ha terminado y la humanidad está buscando nuevas identidades y estructuras. Los rápidos cambios tecnológicos, económicos y políticos han complicado la habilidad de los Estados de mantener su rumbo, mientras algunos han quedado considerablemente a la zaga en la carrera en pos del desarrollo. Las incertidumbres inevitables han proporcionado oportunidades para muchos grupos inescrupulosos. Una vez más tenemos que comprender que difícilmente habrá paz sin desarrollo; la democracia es, simplemente, otro nombre de la paz con desarrollo.

La amplitud de los cambios ha creado nuevas realidades sociales así como exigencias de los pueblos nunca antes escuchadas. Las conferencias temáticas de las Naciones Unidas del decenio de 1990 han dado una voz significativa a muchos de estos grupos y cuestiones suprimidos y han tejido una trama común de inquietudes para mejorar la suerte de la mayoría del mundo. Problemas como los de la salud, la educación, la pobreza, el medio ambiente, la mujer y los derechos humanos y sociales son ahora públicos y exigen nuevos enfoques para la cooperación internacional y la buena administración.

Por cierto, la vida física del individuo ha mejorado durante el pasado medio siglo. La propagación de las enfermedades está ahora mucho mejor controlada y las normas son más elevadas. Incluso en África, el último de los continentes en alcanzar el despegue económico, la expectativa de vida creció en un 25% entre 1960 y 1992, y el analfabetismo de los adultos descendió un 50% en los últimos 20 años.

Si bien estamos lejos de ser un mundo socialmente productivo y totalmente saludable, por lo menos la posibilidad es irrefutable.

Hace 50 años, 50 Estados comenzaron las Naciones Unidas. Hoy, con la "inflación de naciones" somos 185 Miembros. En un mundo tan distinto en tantos aspectos, pocos pueden sostener que las Naciones Unidas no deban reformarse si han de seguir siendo pertinentes para la esperanza esencial y la visión de sus fundadores de un mundo mejor. Pero requiere recursos estables así como el reordenamiento de las prioridades y estructuras más apropiadas y representativas. La reforma tanto de los desarrollos globales como de las insuficiencias estructurales de las Naciones Unidas debe tener prioridad, porque si no la Organización sería incapaz de encarar los problemas de la enfermedad, el hambre, la pobreza, el desarrollo, los conflictos, la seguridad y la desintegración nacional, lo cual sólo puede llevar a un permanente caos internacional y a la declinación.

Como nación pequeña, Djibouti cree firmemente en el sistema de las Naciones Unidas. Las Naciones Unidas son el vehículo más importante con que contamos para permitirnos forjar un nuevo sistema internacional arraigado en la justicia y la igualdad. Su supervivencia es crucial para nuestro bienestar. Renovemos nuestra dedicación a mantener a flote este magnífico navío porque las consecuencias de no hacerlo así serían trágicas.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Jefe de la Delegación de Djibouti por su declaración.

Su Excelencia, el Sr. Roble Olhaye, Jefe de la Delegación de Djibouti es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso de la Excelentísima Sra. Annette des Iles, Presidenta de la Delegación de Trinidad y Tabago

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora el discurso de la Excelentísima Sra. Annette des Iles, Presidenta de la Delegación de Trinidad y Tabago.

La Excelentísima Sra. Annette des Iles, Presidenta de la Delegación de Trinidad y Tabago, es acompañada a la tribuna.

Sra. des Iles (*interpretación del inglés*): Traigo a la Asamblea General, en ocasión de esta Reunión Conmemo-

rativa Extraordinaria con motivo de sus bodas de oro, los saludos y buenos deseos del Gobierno y el pueblo de la República de Trinidad y Tabago.

Hace 50 años, después de la segunda guerra mundial, la comunidad internacional, resuelta "a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra" resolvió en San Francisco crear una Organización que estableciera las condiciones políticas, económicas y sociales para una paz nueva y perdurable. Esta decisión sigue siendo tan pertinente y válida en 1995 como lo fue en 1945.

Trinidad y Tabago se unió a las Naciones Unidas en 1962, 15 años después de la fundación de esta Organización. Como pequeño Estado en desarrollo, vemos en los principios de la seguridad colectiva consagrados en la Carta un bastión para los pequeños Estados, cuya soberanía y fuerza debe apoyarse en el imperio del derecho. Hoy, como en 1962, reafirmamos nuestro profundo compromiso con los principios y propósitos de la Carta de las Naciones Unidas.

Para Trinidad y Tabago, como para la gran mayoría de los Estados Miembros que componen esta Organización, su primera responsabilidad es para con su pueblo, es decir, suministrarle un nivel de vida aceptable y una mejor calidad de vida para todos los ciudadanos, incluyendo nuestros jóvenes y nuestras mujeres. De ello se desprende que en países como el nuestro esta Organización será juzgada en gran medida por su capacidad de asistirnos en este esfuerzo. Queremos instar, en consecuencia, a que la cooperación internacional para el desarrollo se convierta en el núcleo de las actividades de las Naciones Unidas.

Al celebrar el cincuentenario de nuestra Organización, las Naciones Unidas y sus organismos especializados pueden, con razón, enorgullecerse de muchas de sus realizaciones en las esferas de la descolonización, la erradicación del *apartheid*, la promoción de la democracia y los derechos humanos, el desarrollo del derecho internacional y la labor inestimable y a menudo poco conocida en sectores tales como los de la salud, la educación y la asistencia humanitaria.

Por cierto, no hay alternativa para las Naciones Unidas. Sin embargo, también es cierto que, al encarar la intimidante gama de desafíos que enfrenta el mundo de hoy, vemos una crisis de compromiso con las Naciones Unidas, una crisis de confianza en la Organización.

Que esta conmemoración solemne y este cincuentenario nos ayuden a superar nuestras dificultades y a equipar a las Naciones Unidas para que puedan encarar el futuro.

Reunamos la voluntad política y la determinación necesarias para alcanzar el éxito.

Desarrollemos un verdadero espíritu de asociación mundial basado en la confianza mutua y el respeto que es esencial en el vecindario global del mundo de hoy.

Infundamos a nuestras deliberaciones un mayor sentido de responsabilidad y claridad de propósitos.

Coloquemos a los seres humanos, en particular a los menos afortunados y los más vulnerables de los pueblos del mundo, en el centro de nuestras preocupaciones.

Decidamos utilizar las lecciones de estos 50 años de experiencia para encarar la miríada de desafíos complejos que tenemos ante nosotros.

No tengamos miedo de volver a examinar conceptos y adoptemos nuevos criterios de conformidad con los Propósitos y Principios de la Carta.

Por sobre todo, suministremos a la Organización los recursos financieros y materiales necesarios para que pueda llevar a cabo las muchas tareas complejas y variadas que debe realizar.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias a la Jefa de la delegación de Trinidad y Tabago por su declaración.

La Excelentísima Sra. Annette des Iles, Jefa de la Delegación de Trinidad y Tabago, es acompañada al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Tuiloma Neroni Slade, Jefe de la Delegación de Samoa

El Presidente (*interpretación del inglés*): La Asamblea escuchará ahora el discurso del Excelentísimo Sr. Tuiloma Neroni Slade, Jefe de la Delegación de Samoa.

El Excelentísimo Sr. Tuiloma Neroni Slade, Jefe de la delegación de Samoa, es acompañado a la tribuna.

Sr. Slade (*interpretación del inglés*): Hace 50 años se aspiraba a un mundo mejor. Se sentía la necesidad, después

de la devastación de la guerra, de reestructurar un nuevo orden basado en la paz, la justicia y el bienestar para todos.

El hecho de que podamos reunirnos hoy, unas Naciones Unidas enormemente mayores, es ciertamente un testimonio de nuestros esfuerzos. La transformación espectacular del mapa político del mundo y del número de Miembros de la Organización, de los 51 Estados que se reunieron por primera vez en la Asamblea General a los que en la actualidad son casi cuatro veces ese número, enriquecida por Estados y organizaciones observadores, nos acerca al objetivo de la universalidad.

Mi propio país, como muchos otros en este Salón, obtuvo la independencia mediante el proceso de descolonización que se hizo posible por el papel central que cumplieron las Naciones Unidas. Ese proceso fue una realización histórica. La conciencia internacional y los pilares morales y políticos forjados los tenemos hoy a la vista. Es una de las muchas conquistas de nuestros primeros 50 años, que debemos tener presentes en esta celebración.

Samoa juzga de acuerdo con su experiencia. Consideramos que la Sociedad de las Naciones no respondió a las necesidades y por eso nos desilusionamos. Las Naciones Unidas son más sensibles a nuestras aspiraciones. Hoy las Naciones Unidas siguen siendo una parte significativa del desarrollo moderno y del progreso de mi país.

Por lo tanto, con absoluta fe, Samoa renueva en esta ocasión su compromiso de adhesión a la Carta. Lo hacemos como un pequeño país y ateniéndonos con confianza a los principios establecidos en la Carta. Los principios son sólidos; lo que falta es la voluntad de aplicarlos.

Creemos muy profundamente en el poder del derecho internacional como elemento de sustentación de los principios de la Carta. Las Naciones Unidas han sido una fuerza necesaria y cohesiva en la elaboración del derecho internacional y de las normas de cooperación internacional que ahora regulan una enorme gama de actividades humanas.

Un acontecimiento importante de los últimos años ha sido el alto número de adhesiones de Estados partes a instrumentos internacionales y la aceptación de programas internacionales sobre el medio ambiente y el desarrollo sostenible, y sobre la no proliferación de armas nucleares y otras armas.

No obstante, se necesita mucho más; se necesitan acciones concretas en cumplimiento de obligaciones previstas en los tratados, así como en la ejecución del Pro-

grama 21 y de otros programas de acción convenidos, como el de desarrollo sostenible de los pequeños Estados insulares.

Samoa ruega porque llegue el día del desarme efectivo y de la eliminación completa de las armas nucleares. La primera prioridad, el año próximo, es la de concluir un tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares. Celebramos la intención anunciada por Francia, el Reino Unido y los Estados Unidos, de adherir al Tratado sobre la zona desnuclearizada del Pacífico Sur. Pero necesitamos repetirlo a Francia que condenamos sus explosiones nucleares en el Pacífico. Son experimentos peligrosos que plantean una muy seria amenaza a la salud y el medio ambiente de mi país y de nuestra región, y que deben detenerse. De todos los Miembros de las Naciones Unidas, Samoa es el que está ubicado más cerca del lugar de estas pruebas nucleares.

La paz mundial y las condiciones para la paz no están al alcance de la mano. Demasiadas personas carecen de seguridad. Pensamos que todavía se gasta demasiado en ejércitos en relación con lo que se gasta en el medio ambiente, la educación y la salud. Más de la mitad de la población del mundo no tiene alimentos. Y algunos países son 3.000 veces más prósperos que otros. La ciencia, la tecnología y el progreso industrial siguen en manos de unos pocos.

Estos son desafíos impresionantes que deben quedar para mañana, reconociendo que quizás sea más fácil diagnosticar los problemas del mundo que encontrarles soluciones; y más fácil formular soluciones que lograr que el público las acepte. Las soluciones están más allá de la capacidad de Estados individuales y deben seguir siendo el objeto de la atención y la acción de las Naciones Unidas.

Es muy tentador, para el escéptico, retirar su apoyo y culpar a las Naciones Unidas de sus fracasos. Pero esto es injusto. El poder de corrección no está aquí sino en las capitales de los Estados. Tenemos ahora una Organización estructurada por unos pocos hace 50 años, que tiene que responder a las necesidades de muchos más, y a un mundo y a fuerzas mundiales totalmente diferentes y en continuo cambio. Se la debe reformar y se le deben garantizar los recursos financieros que necesita, y hay que fortalecerla para prepararla para los próximos años.

Se debe ampliar el número de miembros del Consejo de Seguridad para que refleje las realidades de la época actual y para mejorar su eficacia y legitimidad.

Por cierto, esta es también una oportunidad de dar gracias. Al Secretario General y a todos lo que lo apoyan en la Sede, a todo el personal de las Naciones Unidas en todo el mundo y a todos los Estados Miembros que trabajan arduamente en este salón y en muchos similares en todo el mundo, todos los días, año tras año.

No restamos importancia a las decepciones y a los fracasos. Pero con cinco decenios de realizaciones y un mundo de promesas infinitas, Samoa opina con toda firmeza que el futuro está en manos de las Naciones Unidas.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Presidente de la Delegación de Samoa por su declaración.

El Excelentísimo Sr. Tuiloma Neroni Slade, Jefe de la Delegación de Samoa, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Mahmoud Aboul-Nasr, Jefe de la Delegación de la Liga de los Estados Árabes

El Presidente (*interpretación del inglés*): De conformidad con la resolución 49/12 A de la Asamblea, doy ahora la palabra al siguiente orador, el Excelentísimo Sr. Mahmoud Aboul-Nasr, Jefe de la Delegación de la Liga de los Estados Árabes.

El Excelentísimo Sr. Mahmoud Aboul-Nasr, Jefe de la Delegación de la Liga de los Estados Árabes, es acompañado a la tribuna.

Sr. Aboul-Nasr (*interpretación del árabe*): Los Estados árabes celebran este año dos importantes acontecimientos. Participamos en la conmemoración del cincuentenario de las Naciones Unidas y hace muy poco celebramos el cincuentenario de la Liga de los Estados Árabes, organización árabe regional que nació apenas unos meses antes de la creación de las Naciones Unidas. La carta de la Liga incluyó muchos principios y propósitos que posteriormente se proclamaron en la Carta de las Naciones Unidas. Los Estados árabes colaboraron en la redacción de la Carta de las Naciones Unidas y han participado en la labor de la Organización durante los últimos 50 años. Actualmente los Estados árabes, al igual que todos los demás Estados Miembros, esperan con interés una nueva etapa, una etapa en la que, confiamos, reinen la paz y la justicia y se respeten los derechos humanos y las libertades fundamentales en todo el mundo. Esperamos con ansiedad una nueva etapa en la que desaparezcan los viejos conceptos colonialistas

conjuntamente con la lógica de la agresión, el empleo de la fuerza y ocupación de los territorios ajenos.

Esperamos con ilusión, en el umbral del tercer milenio, una era en la que todas las naciones puedan disfrutar de un desarrollo social, cultural y económico auténticos; una era en la que todos los Estados respeten la Carta de las Naciones Unidas; una era en la que todas las resoluciones de las Naciones Unidas se apliquen sin distinciones ni dobles criterios; una era en la que todos los pueblos, sin distinción, gocen de una paz justa y duradera; una era en la que todos los Estados apoyen los esfuerzos de las Naciones Unidas y ayuden a mejorar su funcionamiento para que puedan hacer todo lo que se espera de ellas, especialmente en las esferas del establecimiento y mantenimiento de la paz y la prosperidad.

Ansiamos unas Naciones Unidas que consoliden sus logros innegables en cuestiones tales como la descolonización, la codificación de normas de cooperación entre los Estados en muchas esferas como son el medio ambiente, el espacio ultraterrestre, los mares, los derechos humanos, el comercio y la limitación de los armamentos, y muchas otras. Esos éxitos del pasado son una fuente de esperanza. Refuerzan nuestra determinación de apuntarnos más éxitos.

Si bien en el mundo árabe celebramos todas las medidas que se han adoptado para hallar una solución pacífica a la cuestión palestina y al problema del Oriente Medio, esperamos con ilusión que se completen las medidas necesarias para establecer en nuestra región una paz justa y duradera que esté fundada en los principios decididos por las Naciones Unidas. Estamos dispuestos a oponernos a los intentos realizados para marginar la importante función que tiene la Organización en la búsqueda de las soluciones deseadas. Con independencia de las críticas que puedan dirigirse a las Naciones Unidas, tenemos que reconocer que la Organización ha sido y seguirá siendo el foro internacional en el que todos los Estados pueden participar para propiciar el tipo de relaciones internacionales que estarían fundadas en la justicia y la igualdad.

Hoy día, mientras felicitamos a la Organización con motivo de su cincuentenario, debemos aprovechar la oportunidad única que representa la presencia de un número tan impresionante de Jefes de Estado y de Gobierno para hacer inventario de las realidades del nuevo medio internacional en que todos vivimos, sobre todo a la luz de los cambios fundamentales que se han producido en los últimos años. Al hacerlo, tenemos que aprovechar las lecciones del pasado, celebrar lo conseguido y, de ese modo, tratar de enriquecer

el siglo XXI con unas Naciones Unidas que estén suficientemente equipadas con los medios y los mecanismos que les permitan servir a los pueblos en cuyo nombre fueron creadas.

Para terminar, permítaseme, en nombre del Secretario General de la Liga de los Estados Árabes, transmitirle a usted, Señor Presidente, y al Secretario General de las Naciones Unidas, nuestras felicitaciones más sinceras y la promesa de la Liga de los Estados Árabes de que seguirá cooperando con esta Organización internacional al servicio de la causa común de ambas organizaciones: la paz y el desarrollo.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Presidente de la Delegación de la Liga de los Estados Árabes por su declaración.

El Excelentísimo Sr. Mahmoud Aboul-Nasr, Presidente de la Delegación de la Liga de los Estados Árabes, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Hans van den Broek, miembro de la Comisión Europea

El Presidente (*interpretación del inglés*): De conformidad con la resolución 49/12 A de la Asamblea General, tiene la palabra el Excelentísimo Sr. Hans van den Broek, miembro de la Comisión Europea, quien hablará en nombre de la Comunidad Europea.

El Excelentísimo Sr. Hans van den Broek, miembro de la Comisión Europea, es acompañado a la tribuna.

Sr. van den Broek (*interpretación del inglés*): Es un honor dirigirme a esta Asamblea en nombre de la Comunidad Europea. Es verdaderamente una oportunidad única para poner de relieve las realizaciones de las Naciones Unidas y para dar un nuevo impulso a su labor futura.

Sin duda alguna los logros del pasado son impresionantes. Las Naciones Unidas han contribuido muchísimo al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales y han sido un actor fundamental en las esferas del desarme, la no proliferación y la cooperación para el desarrollo. Las Naciones Unidas han estado a la vanguardia en la promoción de los derechos humanos, la erradicación de las enfermedades y la protección del medio ambiente. Las Naciones Unidas han desempeñado una función crucial para aliviar la difícil situación de los refugiados y proporcionar ayuda humanitaria en todo el mundo. La Organización ha personificado algunas de las aspiraciones más puras y

nobles de la búsqueda perenne de la humanidad en aras de la libertad y la prosperidad.

Por lo tanto, quiero rendir homenaje a las Naciones Unidas y a sus sucesivos Secretarios Generales por todo lo que se ha realizado pese a tantas dificultades y obstáculos.

Pero el programa actual de las Naciones Unidas se ha hecho más complejo y más exigente que en ningún otro momento de su historia. La inestabilidad se ha arraigado en muchas partes del mundo. Hemos sido testigos del resurgimiento de los nacionalismos, la depuración étnica, crisis humanitarias sin precedentes, violaciones flagrantes de los derechos humanos e incluso genocidio. Por lo tanto, el mundo necesita más que nunca a las Naciones Unidas, unas Naciones Unidas firmes y eficaces, adaptadas al nuevo programa, sin los obstáculos de las controversias ideológicas del pasado.

Sin embargo, las Naciones Unidas sólo pueden ser lo firmes y eficaces que permitan sus Miembros. Esto también puede decirse de sus medios financieros. Sería desde luego muy apropiado celebrar este acontecimiento colocando a la Organización una vez más sobre una base financiera sólida.

La Comunidad Europea ha manifestado frecuentemente su pleno apoyo a los ideales y las actividades de las Naciones Unidas. Cuando se crearon las Naciones Unidas hace medio siglo consagraron las esperanzas de los pueblos que deseaban evitar la guerra, que tenían fe en los derechos humanos y que estaban comprometidos con el progreso económico y social. Quienes fundaron la Comunidad Europea estuvieron impulsados por una visión semejante. Por eso era lógico desarrollar una alianza estrecha con las Naciones Unidas.

Esta alianza se ha traducido en muchos hechos concretos. Permítaseme mencionar sólo unos cuantos. La Comunidad Europea, mediante su Oficina Humanitaria, colabora de forma práctica en los trabajos de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y es el segundo mayor contribuyente a esa labor; asimismo, es uno de los mayores donantes al Programa Mundial de Alimentos. La mitad del comercio del mundo que goza de condiciones ventajosas para los países en desarrollo lo lleva a cabo la Comunidad. La Comunidad Europea, y sus Estados miembros, aportan alrededor de la mitad del total de la asistencia oficial al desarrollo.

Ahora debemos convenir en un programa innovador para el desarrollo. Este programa, por lo que a nosotros respecta, debe enviar dos mensajes firmes. El primero es la

necesidad crucial de colocar la cooperación internacional para el desarrollo en el centro de nuestras actividades comunes. El segundo mensaje se refiere a la mejora del papel y la eficacia de las Naciones Unidas en el ámbito del desarrollo. Nuestros esfuerzos se basarán en los resultados de las conferencias mundiales recientes. El crecimiento económico, la justicia social, la habilitación de la mujer, la protección del medio ambiente, las instituciones democráticas y la promoción de todos los derechos humanos deben considerarse como partes fundamentales de una visión común para el desarrollo sostenible.

La Comisión de la Comunidad Europea está decidida a reforzar su apoyo a las Naciones Unidas. Nuestro objetivo es que la Organización sea más eficaz, más capaz de forjar un mundo mejor, más seguro y más práctico para asegurar la libertad y la prosperidad para todos.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al miembro de la Comisión Europea, quien habló en nombre de la Comunidad Europea, por su declaración.

El Excelentísimo Sr. Hans van den Broek, Miembro de la Comisión Europea, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Sr. Émile-Derlin Zinsou, Presidente del Consejo Permanente de los Estados de Habla Francesa

El Presidente (*interpretación del inglés*): De conformidad con la resolución 49/12 A de la Asamblea General, doy ahora la palabra al Excelentísimo Sr. Émile-Derlin Zinsou, Presidente del Consejo Permanente de los Estados de Habla Francesa, quien hablará en nombre del Organismo de Cooperación Cultural y Técnica.

El Excelentísimo Sr. Émile-Derlin Zinsou, Presidente del Consejo Permanente de los Estados de Habla Francesa, es acompañado a la tribuna.

Sr. Zinsou (*interpretación del francés*): Hace poco, el grupo de Estados de habla francesa presentó a la Asamblea un proyecto de resolución sobre la cooperación entre las Naciones Unidas y el Organismo de Cooperación Cultural y Técnica (OCCT). Al aprobar ese documento, ustedes tuvieron a bien consagrar el interés que tienen en la comunidad de países de habla francesa, que hoy represento. Les agradezco calurosamente.

Es para mí un gran honor poder decir con cuánta atención los 47 Estados y Gobiernos que constituyen esta

comunidad siguen y apoyan, en el marco de los países de habla francesa, las ambiciones y las iniciativas de esta Organización, a la cual deseo rendir un homenaje solemne y cuyo cincuentenario, que hoy celebramos, traduce claramente su vitalidad en vísperas del tercer milenio.

Los países de habla francesa constituyen ante todo un ámbito de solidaridad. Encuentra su unidad en la diversidad del conjunto de sus países miembros, repartidos en todos los continentes. En este encumbrado lugar de diálogo —especialmente del diálogo entre el Norte y el Sur— que son las Naciones Unidas, mi presencia trata de dar testimonio de una de las dimensiones fundamentales de ese espacio que reúne a una mayoría de países del Sur. El objetivo principal de nuestra solidaridad es el desarrollo, factor clave de equilibrio y de seguridad en el mundo actual.

Queremos que la dimensión de nuestras acciones esté a la altura de las crisis por las que atraviesa el mundo contemporáneo. Dedicamos nuestros esfuerzos, con prioridad, a la promoción de la democracia, del estado de derecho y de los derechos humanos, considerando que no puede haber sociedad que evolucione hacia el desarrollo económico y humano sin un marco político estable y jurídicamente adecuado. En ese sentido, nos dedicamos especialmente a orientar nuestras actividades hacia la prevención de los conflictos. La comunidad de países que comparten el uso del idioma francés deberá, a esos efectos y próximamente, fortalecer su función en esta esfera.

Queremos estar dispuestos para hacer frente a los mayores desafíos del siglo XXI, como el control demográfico, el mantenimiento de la paz, la protección del medio ambiente o la lucha contra los grandes flagelos, especialmente el SIDA y las drogas. Nuestra presencia en Río, Viena, El Cairo, Copenhague y Beijing, en las conferencias mundiales organizadas por las Naciones Unidas sobre las problemáticas conocidas por todos, y la contribución de nuestra comunidad a la elaboración de los consensos logrados son testimonio de esta voluntad.

Somos conscientes de las dificultades e incluso de las paradojas inherentes a muchas de estas situaciones. Para tomar sólo dos ejemplos correspondientes a mi propio continente, África, ¿cómo no observar que la marcha hacia la democracia, tan plenamente emprendida, se encuentra entorpecida por la multiplicación de conflictos? ¿Cómo no observar que los esfuerzos realizados en favor de la protección del medio ambiente son obstaculizados por el agravamiento de la sequía y del hambre y por la extensión de la desertificación en nuestros países?

Por tales hechos medimos la precariedad de nuestros esfuerzos. Pero estamos aún más resueltos a persistir en ellos, porque sabemos que la comunidad internacional los comparte con la misma decisión. Por otra parte, al hacernos el honor de contar con su presencia en la quinta Conferencia de Jefes de Estado y de Gobierno de los países que comparten el uso del idioma francés, que se celebró en octubre de 1993 en Mauricio, el Secretario General nos ofreció la oportunidad de determinar nuestras convergencias y confirmar el pleno apoyo de la comunidad de países de habla francesa a sus empeños. Quiero rendir nuevamente homenaje a su actividad y decirle lo mucho que deseamos reiterarle la seguridad de esta adhesión en la próxima Cumbre que mi país, la República de Benin, acogerá a comienzos de diciembre de 1995.

La convergencia entre los objetivos de nuestra agrupación y los de las Naciones Unidas es evidente. Se ha hecho todavía más manifiesta desde que los países de habla francesa han robustecido su dimensión política, merced a la realización de las Cumbres de los Jefes de Estado y de Gobierno. Esta convergencia debe concretarse hoy de manera aún más tangible. Los países miembros de la comunidad de habla francesa, así como el conjunto de la comunidad internacional, obtendrían el máximo beneficio.

Por cierto, los países de habla francesa cuentan con su solidaridad específica, fundamento de su unión en torno a ese proyecto, la comunidad de naciones que comparten el uso de este idioma, para crear un ámbito de cooperación capaz de constituir un interlocutor válido en el nuevo orden mundial. Pero su destino sigue estrechamente ligado al del conjunto de la comunidad internacional. La interdependencia que, hoy más que nunca caracteriza a las relaciones internacionales hace que el desarrollo de unos no pueda lograrse sin el de los demás. Esa es toda la problemática de la globalización y de la marginación a la que hacía referencia el Secretario General con tanta convicción en su discurso ante esta Reunión Conmemorativa Extraordinaria.

Con ese espíritu, el grupo de países de habla francesa se prepara para estar presente en forma activa en Estambul, el año próximo, en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos. El interés y los resultados de esta Conferencia no pueden dejarnos indiferentes. En efecto, el marco de vida en el cual nuestras sociedades tendrán que desarrollarse en el futuro dependerá de ellos.

Queremos colocar, concretamente y en común, esta ambición compartida al servicio del progreso, la paz y el desarrollo en el mundo. Este es el papel y la función que la

comunidad de países de habla francesa desea cumplir cada vez más en el concierto de las naciones. Ese es el sentido de la resolución adoptada por nuestros Jefes de Estado y de Gobierno, en Mauricio, sobre la comunidad de países de habla francesa y las relaciones internacionales, en la cual señalan su firme adhesión, junto con otras instancias internacionales, a los esfuerzos emprendidos en la búsqueda de soluciones adecuadas para los grandes problemas políticos y económicos del mundo actual, y afirman su decisión de desarrollar, junto con esas instancias, al igual que con motivo de las grandes conferencias mundiales, una concertación permanente y profunda de los países que comparten el uso del idioma francés.

Ese es el objetivo que persigue el Organismo de Cooperación Cultural y Técnica (OCCT) al establecer representaciones ante las organizaciones internacionales: en Ginebra, desde 1991; más recientemente, en Nueva York, ante las Naciones Unidas; y también ante el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

Nuestro mensaje es, pues, un mensaje de esperanza en el porvenir de las Naciones Unidas y de voluntad por nuestra parte de participar plenamente en esa conciencia universal que alumbró la acción de la Organización. Así esperamos contribuir a la riqueza de esta institución, punto de encuentro de todas las culturas y civilizaciones del mundo e instrumento privilegiado al servicio de la paz y el desarrollo.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Presidente del Consejo Permanente de los Estados de Habla Francesa por su declaración, quien hace uso de la palabra en nombre del Organismo de Cooperación Cultural y Técnica.

El Excelentísimo Sr. Émile-Derlin Zinsou, Presidente del Consejo Permanente de los Estados de Habla Francesa, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Discurso del Excelentísimo Jefe Emeka Anyaoku, Secretario General de la Secretaría del Commonwealth

El Presidente (*interpretación del inglés*): De conformidad con la resolución 49/12 A de la Asamblea General, doy ahora la palabra al Excelentísimo Jefe Emeka Anyaoku, Secretario General de la Secretaría del Commonwealth.

El Excelentísimo Jefe Emeka Anyaoku, Secretario General de la Secretaría del Commonwealth, es acompañado a la tribuna.

Sr. Anyaoku (*interpretación del inglés*): Hace un decenio, al conmemorar el cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas, los dirigentes del Commonwealth, en su Declaración de Nassau sobre el Orden Mundial, afirmaron su compromiso con el objetivo de fortalecer el sistema de las Naciones Unidas como el instrumento central de la paz, la seguridad y la cooperación. En este histórico cincuentenario, tengo el honor de reafirmar ese solemne compromiso.

El Commonwealth tiene representación de todos los continentes; incluye a pueblos que pertenecen a las principales razas, religiones, culturas y tradiciones del mundo. Sus países miembros se encuentran en etapas diferentes del desarrollo socioeconómico y abarcan a más de una cuarta parte de los Miembros de las Naciones Unidas. El Commonwealth, en consecuencia, es más que un grupo regional; es un subsistema mundial dentro de la comunidad internacional.

La importancia que los Gobiernos del Commonwealth otorgan a las Naciones Unidas es testimonio de su compromiso con el multilateralismo. Entre los visionarios que redactaron y firmaron la Carta de las Naciones Unidas se encontraban dirigentes del Commonwealth. Y los países del Commonwealth continúan contribuyendo a la labor de la Organización en muchas esferas significativas, incluidas las operaciones de mantenimiento de la paz, de las que los países del Commonwealth se encuentran entre los principales contribuyentes de tropas.

La Carta de las Naciones Unidas ha perdurado durante 50 años y ha proporcionado la inspiración para muchos logros notables. Por mencionar sólo algunos, las Naciones Unidas han contribuido al proceso de descolonización; han proporcionado un medio de resolver y limitar los conflictos; han facilitado el desarrollo y la extensión del derecho internacional; y han proporcionado medios de movilizar la preocupación y acción mundiales sobre una amplia gama de problemas globales, como el medio ambiente, el desarme, el comercio y el desarrollo, y los derechos humanos.

En el entorno mundial tremendamente transformado de la era posterior a la guerra fría, la Organización se ha visto obligada a tomar decisiones de largo alcance y sin precedentes en respuesta a la creciente incidencia de conflictos y controversias entre los Estados. La atención internacional se está centrando acertadamente no sólo en la manera de

abordar esas situaciones, sino lo que es más importante, en la manera de evitar que surjan en primer lugar.

Enfrentados a nuevos retos y oportunidades, es adecuado que la reforma y el ajuste de las Naciones Unidas se conviertan en una prioridad acuciante. Se han realizado numerosas propuestas para una reforma estructural, programática y de gestión de las Naciones Unidas, sus órganos y organismos, incluido el Consejo de Seguridad, el Consejo Económico y Social y las instituciones de Bretton Woods. Pero, independientemente de los méritos de cualquier propuesta individual, la imperativa subyacente debe ser reconocer que las instituciones y arreglos creados hace 50 años, en la era del colonialismo y tras una guerra mundial enormemente destructiva, apenas son adecuados para abordar las exigencias de la era actual. Por ello, el Commonwealth apoya una reforma significativa y rápida. Es crucial poder contar con unas Naciones Unidas fuertes y eficaces para construir un orden mundial más humano.

Las Naciones Unidas son la única organización mundial realmente universal, que los Estados Miembros mantienen en fideicomiso para los pueblos del mundo. Afirmamos que la eficacia de la Organización está directamente relacionada con el compromiso y apoyo de sus constituyentes. El compromiso de todos los Estados Miembros —incluidos los del Commonwealth— con las Naciones Unidas debería reflejar su determinación de fortalecerlas y convertirlas en la Organización dinámica y fuerte por la que siempre han abogado.

Así, mientras celebramos este cincuentenario, la tarea que enfrentan los Estados Miembros consiste en fortalecer la capacidad de la Organización para responder a los problemas actuales. Esto requiere que actualicemos el sistema y garanticemos que cumplimos nuestras obligaciones para permitirle abordar los desafíos de los próximos 50 años.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Doy las gracias al Secretario General de la Secretaría del Commonwealth por su declaración.

El Excelentísimo Jefe Emeka Anyaoku, Secretario General de la Secretaría del Commonwealth, es acompañado al retirarse de la tribuna.

El Presidente (*interpretación del inglés*): Antes de levantar la sesión, quiero pedir a todos los miembros y delegaciones que sean muy puntuales mañana a las 10.00 horas y las 15.00 horas, porque, como saben los miembros, mañana tenemos la lista más larga de oradores. Por tanto, necesitamos ser más puntuales que hoy y que ayer.

Se levanta la sesión a las 18.45 horas.